

Creadores Literarios



Creadores Literarios



Poesía
Cuento
Microrrelato
Cartas a Kevin Brooks



Universidad de Guadalajara

Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Sistema de Educación Media Superior

César Antonio Barba Delgadillo
Dirección General

Ernesto Herrera Cárdenas
Secretaría Académica

Lilia H. Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión

Editorial Universidad de Guadalajara

Sayri Karp Mitastein
Dirección

Feria Internacional del Libro

Marisol Schulz Manaut
Dirección

Fondo de Cultura Económica

Paco Ignacio Taibo II
Dirección

Primera edición electrónica, 2020

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara

Sistema de Educación Media Superior
Liceo 496
Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco



José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

ISBN 978-607-547-824-1

Hecho en México
Made in México

Presentación general

“No existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo”. Esta es una frase de Oscar Wilde, uno de los más grandes escritores en la historia de la literatura. Y justo esas son las dos reglas que siguieron al pie de la letra los casi ocho mil estudiantes que participaron en esta edición del concurso Creadores literarios FIL Joven. ¡Felicidades a todos!

La cifra es extraordinaria: en promedio, al menos un estudiante por cada salón de nuestras preparatorias tuvo el valor de escribir y enviar su trabajo para este concurso. Este dato me llena de esperanza, porque demuestra que debajo de la triste cifra de que México es un país de pocos lectores y escritores, existe una energía, un talento y un potencial enorme, atrapado en nuestros jóvenes.

Y si a los participantes de este concurso sumamos a los más de 21 mil que lo hicieron en el Concurso Cartas al Autor, que promueve la escritura creativa en el género epistolar, me convenzo más de que sólo hacen falta más espacios como éstos y más imaginación para impulsar la capacidad creativa de nuestros estudiantes, para lograr que esa energía y ese potencial florezcan al máximo.

En estos tiempos de profunda incertidumbre e inseguridad, en los que nuestros jóvenes son los más vulnerables, la lectura y la escritura se pueden convertir en herramientas eficaces para alejarlos del crimen organizado, la violencia e incluso del suicidio.

Escribir puede ser una ventana que no sólo fomente el talento de los jóvenes, sino también un apoyo para no claudicar, para recuperar la esperanza en el futuro, para alimentar sus sueños y para integrarse a la comunidad de forma activa y solidaria.

Precisamente por estas razones es que debemos fortalecer y multiplicar esfuerzos como éstos, organizados por el Sistema de Educación Media Superior (SEMS) de nuestra máxima Casa de Estudio, y que en este año 2019, el concurso Creadores Literarios FIL Joven cumplió 25 años de impulsar la capacidad narrativa de nuestros estudiantes y que además coincide con la fecha de la conformación de la Red Universitaria, lo que hace más significativa esta edición, pues nace en un momento de renovación de la Universidad.

Esperamos también que estos certámenes sigan cumpliendo con sus objetivos: fomentar la lectura y propiciar que el interés de los alumnos por la creación literaria se multiplique.

Una forma de motivar a los nuevos escritores es que los trabajos ganadores son publicados por el SEMS y la Editorial Universitaria en este libro que hoy, lector, tienes en tus manos. Espero que disfrutes de las creaciones literarias, te identifiques y experimentes sus inquietudes y preocupaciones.

La muerte, el narcotráfico, la violencia, la guerra, la homosexualidad, el matrimonio igualitario, la melancolía que provocan las pérdidas, el amor, el desamor —todos ellos de una relevancia incuestionable en la realidad de nuestros jóvenes— son, entre otros, los temas recurrentes de quienes hoy se expresan en los cuentos, poemas, microrrelatos y cartas contenidos en este libro; en varios de ellos abordados desde la ironía, como paliativo que adormece el corazón para evitar el dolor que acompaña asumir de manera frontal lo que tanto nos inquieta.

A quienes ya se atrevieron a participar les pido que continúen, que no renuncien al maravilloso mundo de la literatura, que se vuelvan escritores de por vida, sin importar el destino final de sus escritos, y que recuerden siempre lo que dijo el célebre escritor Gabriel García Márquez: “Mi método de trabajo no podría llegar al punto de la creación literaria sin contradecirme, rectificarme y equivocarme permanentemente. Si no fuese así, estaría escribiendo siempre el mismo libro”.

Deseo que los lectores disfruten tanto como yo de las historias contenidas en este libro, creaciones extraordinarias de la población estudiantil de las preparatorias de la Universidad de Guadalajara.

Mtro. César Barba Delgadillo
Director General del SEMS

Poesía

Las posibilidades del sueño

Luis Antonio Medina Gutiérrez

La poesía es la suma irrenunciable de todos los tiempos, el ábaco lúdico e irracional de la memoria. ¿Cuántos poetas de la antigüedad no invocaron a las piérides hijas de Mnemosina? La búsqueda de la belleza y la verdad egoísta en nombre de las palabras que irrumpen sonoras en un canto que doblega. Así, el augur y poeta Orfeo supo utilizarlas como un gran arte de encantamiento: engañar a los dioses del inframundo y poder sustraer a su amada difunta de las gélidas aguas de la muerte.

La poesía es un arte que permanece y se perpetúa en la voz del otro, sin fronteras ni distancias, libertad y palabra, imagen y fragmentación del asombro. Es la palabra la voz primigenia, de donde parte el canto revelador del curso de la vida y la aspereza del tiempo vuelto estatua de sueño.

En la poesía de los jóvenes creadores caben las posibilidades de soñar y todavía la esperanza ante la atrocidad de la realidad injusta. En una violencia que se advierte como tsunami incontenible, el poeta antepone el silencio, la paz de los corazones ávidos de justicia, la vida. Una generación de poetas que toman con determinación el fuego de las palabras para incendiar el alma y abrir los ojos del mundo.

El poeta cubano Cintio Vitier decía que los sueños tienen el tamaño de los hombres; como los sueños de estos adolescentes obstinados en desentrañar la intuición y la experiencia humana en el trazo breve, en la pintura invisible de la metáfora y en el juego del caligrama (tradición de la vanguardia heredada por Apollinaire y Tablada). La soledad y su tristeza infinita, el desamor descalzo que deja como marca registrada las huellas de un amor posible, tópicos que son la extensión de sí mismos en la poesía.

Estos novísimos poetas hacen que la realidad sueñe, el soñador y soñado son los ejes de una ciudad construida en la imaginación que trasciende. El mar que se enamora de la bañista, fuerza telúrica, quimera, poesía marina, mítica y épica. La mujer atemporal: amante, madre, abuela, heroína. Encierran estos versos canto y juego, destino, dolor, profundidad de la angustia y el milagro de existir.

Extraño oficio en esta época es ser poeta: poseedor de las llaves mitológicas y verdades que encantan. Descendiente de Circe, la maga y el gigante Golias, evocación de la libertad que proclamaban los goliardos y Anacreonte en la celebración del amor y el vino. Entonces el poeta se convirtió en un celoso guardián de sí mismo y habitante del reino de lo sublime y lo indecible.

Abril Ariadna Pérez Toledo

[<<Juno Toledo>>]

Preparatoria 15

Crónicas de un mar cursi

I

Cuando el mar aviva,
cuando la montaña,
del vaivén acoso,
tranquilo,
anhelo,
reluce mi belleza clandestina,
en mis aguas *Do Marinha*.

El índigo precioso de mis cortinas,
saladas,
pesco cada estío casual,
mecánicos destellos.
Tranzan el lienzo digital,
el dogma impepinable,
del narciso encanto.
Capturo y modelo en mis anchuras,
proverbiales y minimalistas,

caricias de atención.

Mi arena blanca
sepulta tiernas huellas de niños,
rebuscan en mí, su interno cedrón.

En una belleza inigualable,
el leviatán me deja a solas,
y de piedra las puertas sagradas
enorgullece el marino noble,
de mi grandeza indomable
¡Puerto de cal!
de nadie más obtienes mi bello manto.

II

Hermosas huellas,
que tus pies van dejando,
en tu madre,
con la que mi marea disputa.

Entre gaviotas te asomas,
escultura de Venus,
por donde vayas,
mi turquesa, en sí perplejo
corre a tu ser maravillado.

¡Hosanna! Divina,
dichosa,
inocencia en cada sonrisa perlada,

que en mi longeva pesadumbre,
en cada impresion, elude.

¡Sublime! Sirena de Gea,
cada roce,
albures susurros,
recrea en mí,
la visión de tu conjuro,
de la testimonial idea.

Caminas y, en ti,
sigue el camino de hierbas,
el espejo de la arena en tus pupilas,
entonces me miras ...
Y sólo con ello al mar dominas.

III

Mi piélago,
garzo,
mundano.

Lascivo,
a cada oleaje,
que tiento.

Cáscara tuya,
de seda mojada,
por mi sensual pensamiento.

Mezcla
de sudores,
tuyos y míos.

Braceos,
del meridiano,
azulinos.

Delirio,
embriagante sexual,
de tus brillos.

IV

¡Qué dicha!
Adonis, fémina mía,
Beatriz, con encanto,
admira mi azulino íntimo,
tu majestuosa silueta.

Zambullo tu aroma,
en mi arena,
nevada e inocente,
pervertida,
braceas un combate,
revindicas tu voluntad terrestre,
de mi albergue añil atestado,
con tu presencia,
pro mi brío,
te quiero a mi lado.

Oh, imploro,
depreca cada gota de mi alma,
cuando escucha tu silencio,
tu sereno semblante,
palidecido,
ocelo contra ocelo,
rompe,
enamora cada instante de mi ego.
Acaricio tu mejilla encantado,
contemplo tus quietas pupilas ...
y el volcán de mis profundidades explota,
horrorizada,
¿Dónde está la vida en tus luceros?
Mi delicada sirena flota,
inerte,
suspira y desata su vigor concluyente,
¡Horror, horror en mi abismo!
¡Por mi deseo!
el óbito de la esmeralda se revela,
y sin más se desmorona
aquella figura bella ...

Un invierno marino genera ...

En mi negrura te abandonas ...

Y pronto...

Te vuelves espuma.

Esplendor el 3 de marzo

Dorados,

retoñan en mis campos dorados
los ropajes de finas,
hebras del pasado,
calzados marchitos,
del angosto camino,
pierden peso,
cada vez que los miro.

Exhalo los cuatro vientos,
de mis corroídos
náufragos que atormentan
marinos en aventuras.
Ahora soy ropero,
admiro el caparazón corrompido,
de mis olas saladas,
trofeos vivientes del pasado.

Y aquella naciente isla,
deslumbrada blanquecina,
en su futuro abandono, nueva en ella la nostalgia,
tras la ventana,
un tres de marzo.

Fallezco con mis campos dorados.

La primera quimera

Un sueño en clama ceniza
mantiene el franco paraíso de lo incierto.
Una pena cristalina pregunta:
¿Lo siento?

En la danza gentil del pábulo,
la caricia salvaje refresca mi aliento,
el alba en suspiro cuestiona:
¿Lo veo?

Una mandada errante de espumosas celestes
cubre las espinas que manifiesto,
ignora las divinas sobre el fleo,
y mi tristeza sólo interroga:
Cuando el nimbo desista y,
de la hierba el Sol carbonice,
cuando la primera quimera suave deslice...

¿Existo?

Eduardo Paez Robles

[<<Dee Leh>>]

Preparatoria 12

Entre ventosas

Tras los viejos cimientos
y la coraza de polvo,
guarda en mi memoria de invierno
la tristeza del verano
y lo duro del otoño.

Cuando las hojas
caían por montones
y adornaban tu mirada
ojos que ven al ayer
conservando la paz.

Pupilas dilatadas
el roce de nuestras manos
el calor sofocante de mi piel,
oculto tras el frío adiós
en silencio.

Cuando más anhelaba ser enterrado
por la indiferencia.

Tal vez así no verás mi vergüenza,
no lo sé,
estoy devastado,
no me concentro
ni concilio el sueño.

Entonces
viene a mi memoria aquel baúl
sellado por la avaricia y el rencor
portador de ventosas
te quitarían el aliento,
te arrebatarían el alma
y mi deshonra.

Tu vanidad dilatada
mientras construyo
muros de ficción,
tú, condenada a las cenizas.

Y, sin embargo,
el tormento del recuerdo
me toma por el cuello
respira mi aliento.

Adornado
por un viejo sombrero

Tus ca
be
llos
son ser pien tes

que toman la forma
de mis miedos.

¡En hora buena!
Es tu subconsciente.

Miro a través de tus ojos
mi final
y no me nace el miedo

Entonces... ¿Por qué sigo corriendo?
Sería mejor
tomar al toro por los cuernos
y demostrar que realmente
esa estúpida frase
tiene sentido.

Aprovecho que sigo vivo,
que estoy ante ti y que aún sonrío.
Las adversidades del día
terminan al anochecer.

Versos somos en aquel escrito
donde descubriste que sigo atado,
que sólo me puede revivir mi voz.

Versos
donde alguna vez fui feliz
porque jamás
me viste
en tre ven to sas.

La bestia de Root

Vivo en el desastre
 inhalo recuerdos
 exhalo ausencias
¿Sientes la brisa?
Estoy frente al abismo,
 solo
 sin paz,
veo cómo el Sol se oculta
y me preguntó si él también tiene miedo.

Cae un último rayo de luz
a mi ojo,

te veo a lo lejos

acariciando mi pena,
pupila a pupila.

Mi cuerpo no reacciona,
quiero saltar
mientras tu silueta se aleja,
pero mis pies ya dieron raíces
y de un tallo emerges tú,
decidido
 expectante
olfateas mi temor.

La paranoia se apodera de mí,
me fundo en tu ser
y no veo claro
¿Hay cura para esto?

En la colina de la locura
es donde vivo hoy.
Donde estamos
el uno con el otro.
Quisiera ver de nuevo
la dicha de mi hermana.

El cielo está muy alto
y el infierno muy abajo,
cantar un “Hosanna”
no detendrá mi final.

He visto más allá de la negrura infinita
voy haciendo mi voluntad,
la cruz de la existencia misma.
Estoy listo para ver a mi creador.

Mientras tanto
espero la caída de los dioses.

En el resplandor de la Luna
puedo ver mi salvación,
pero ya no hay estrellas en el cielo.

Saboreo la humeante entrada de tus vapores en mí
me contagio de tu etílico veneno,
mientras los antiguos
se postran para ver.
No hay retorno
tu linaje corre por mis venas.

Parhelio de mi existencia
cuán eterno te sientes
olvidas tu muerte en mi poder
veo el ascenso ante el abismo de mi fracaso.
Y con cada año
vas creciendo en mi interior.
¿Escuchas cómo ríes al caer?
¿Cómo te lamentas al despertar?
La verdad es siniestra:
jamás odié estar tan vivo
como hoy.

11 alas

Tú, que escuchas en el silencio
y ves en la oscuridad.

Donde los suspiros
los murmullos
son gritos de auxilio.

Tú, que lloras cuando estás sola
entre la multitud
y prefieres caminar
antes que correr por la caricia de un futuro incierto.

Huyes de tu hogar
sin rumbo fijo
sufres (otra vez)
la paradoja
porque quieres volver
aunque sabes que
mañana
será igual que ayer.

Miras en el mar
un reflejo
donde ya no reconoces tu ser.

Tú, en busca de los porqués,
acoges en tu pecho la frialdad.
La cabeza siempre digna

los pasos recelosos.
Por eso te digo fuerte:
Venid a mí tu recuerdo
y tomad de mi sangre,
comed de mi espíritu
y vomitad mi orgullo.

Consulta los viejos escritos
 llénate de dudas,
lee los nuevos textos
 y llénate de arrogancia.

Tú, soñadora de mundos
procreadora de fronteras,
mira las marcas del t i e m p o
y las arenas del insomnio
navegantes de aguas infestadas de sacrificios
tierra de plagas,
regalo de Asmodeus.

Tú, descendencia de Elizabeth
destructora del linaje,
inconsciente de la casualidad,
señalada por la historia,
y ni así sé quién eres.

Benjamín Álvarez Yépez

[<<Bay>>]

Preparatoria 11

El

barco

que tomé

me llevaba a tu

regazo. Me aferraba

al llanto que vertían tus

ojos. Te tomé de la espalda

y escuché una sonata en tus pulmones, el ligero brinco de un jilguero en tu corazón. Tomé tu mano y te levanté entre las olas, con el agua en tu pecho te recargaste en mi costilla. Lloraste por horas y yo te abracé por siglos, no entendía tu causa, pero bailaba tu canción. Giramos al acorde de tu corazón, a tu lentitud y ritmo siguiendo la corriente. Balanceábamos juntos el timón, aprendimos a beber de la ironía. Tapando los orificios que nuestra madera tenía, recorrimos las playas y las costas en busca de alegría, nos perdimos en los océanos y bebimos licores. Pasamos tormentas y días llenos de ilusiones. Bajo cubierta conocimos nuestros errores. Y juntos nuestros barcos naufragaron hasta perder el viento y terminar separados.

No tengas miedo, mujer

No tengas
miedo, mujer
del cazador. Ni de la penumbra
quien en ella acecha. No temas del leñador,
ni de su arma. Que tu alma sea de fuego y de piel tu
lanza. No confundas al herrero de quien trabaja, ni
a la tierra que te abraza. No temas, mujer, del
viento, al frío de tu espada, que la guerra
no acaba hasta que todo arda. Que
te matan y te entierran, que en los
periódicos te clavan, que decoras
los murales de una sociedad
sin alma. No temas, mujer, de
la cadena o el ropero, desata tu
mente frente al matadero. Vístete como
gustes, que eso no les importa, es su mente de
cochambre la que los domina. No temas, mujer, de
lo frío que es la guerra, ni la paz que hay detrás de
ella. Es tu vida la que depende de quien la corona
lleva. Es lo que vivimos lo que nos divide, lucha hasta
que te oigan, que tus gritos sean trompetas, que no
queden sin condena. Que de tus piernas nadie
tome de ellas la libertad, que te encadenan.
De tus hombros cuelga el peso de
la maternidad

De tu rostro

Los caminos se marcan en
tu rostro, fuiste pozo y calabozo de un hombre
soso. Fuiste mi madre sin parir, tus sonrisas y gemidos
los que yo conocí. En tus brazos bailaba las canciones de
cuna que aún no escuchaba. Me quisiste sin conocerme, ahora
que te veo entiendo el sentido del amor. Mi más grande pesar
es que no me veas, aún me escuchas y no fallas al entenderme.
Al tocarte siento el tiempo, el sonido de un reloj en cada suspiro.
El pensamiento de una muerte me ata a tu recuerdo, te quiero tan-
to aunque casi no te veo, no es en vano decirte que te quiero. Te
visito en junio y cenamos juntos en diciembre. Antes bailá-
bamos, en la cocina tomados de la mano, las canciones
que salían en la radio. Rogamos al tiempo siempre te-
nerte a nuestro lado. Cortamos sobre la mensa historias
y fijos, recuerdos y memorias escritos
con pulmón. Te vas tan lento que te
despides con el aire. Rozo tus mejillas
con mis labios deseando acariciar tu
alma, diciéndote mil veces que te amo.
Te amo, abuela.

Soy de defectos

Me escribo con defectos sobre un cuaderno viejo
donde la tinta se corre. Donde caigo al suelo.

Me abrigo con plumas y arena,
rozando con mi boca la punta de un volcán
y con mi aliento soplo a las aves al pasar.

La tinta se corre cuando me pienso.

Lo hago en el suelo y en el cielo
cuando poso en las nubes y me quemó.

La arena me roza cuando pasas,
como al escribirte te quiero,
como al mandarte una carta.

Sólo quiero pensar que nos queremos.

Sé que soy de defectos y de versos huecos.

Poeta de vino

Tú que escribes ebrio, que haces rimas del vino, que te vas
[en las noches a un
baldío y en la oscuridad escribes de guerras y flores de
[lino. Que en tus bordes
delineas a la realidad, tú que premias a la soledad y al sol le
[das abrigo.
Que decoras a la Luna su ombligo, que los viernes vistes
[de seda a la noche negra.
Que escribes de amar las cicatrices, de dejar la barca en la
[selva. Que entre
mariposas de vuelo corto y elefantes de oro escribes
[versos hermosos
para beber en la blancura del ángel de la escritura.
Poeta que entre vino y vino hablas de irte a una tierra
[donde caes, donde escribes
de amor y libertad, donde tus versos son canción que los
[jilgueros recitan.
Deja libre, poeta, a la paloma de tu corazón, que galope en
[las aguas, que beba en
los ríos. Que escriba en piedra, que desee a la sangre del
[Olimpo.
Gloria a tu sed, querido poeta, que nos libra de los lazos,
[que alas nos regala, que
entre letras nos roza el tormento de las almas y nos posas
[en paisajes de grandes
libretas. Gloria a tu sed de poeta. [Gloria al
vino del poeta. Gloria al gran poeta.]

Querido alcatraz

Te vas, querido alcatraz
porque el aire te inundó,
porque moriste amando.

Porque eres de tantos y de tanto
que te rompiste al pensar que podrías.
Te vas porque te lleva la corriente
y temo que promete no regresarte.

Te irás para siempre, querido alcatraz
Dejando mi muro atrás
Dejando sin color a mi jardín marrón.

Te irás y no podré llorar por tu partida
porque nunca te amé,
porque siempre temí tu ida.
Por eso lloraré en secreto en tu

[despedida.

Te irás querido alcatraz.

Porque al final la tormenta te

[llevará,

en perfecta calma, en imperfecta

[soledad.

Y sólo contaré las marcas que

[decoran como a una

cebra nuestra cama, en audaz

[agonía moriré en ella.

Y nuestro logro el perfecto

[destino, tendrás un camino,
repleto de hormigas y vino tinto

[que trazaré para que
regreses a casa. Donde una vida
[más, querido alcatraz,
tendré contigo.

Claudia Nallely Godoy Chavarría

[<<Halcón celeste>>]

Preparatoria 10

Profundo

Marino

predador del ruido

abrupto

absorbes al grillo

nado

y

ahí estás tú.

Bienvenido

Por aquel que eterno temió a despedirse
perenne

cosmogónico

Beso al infinito cuando en duda la vida estuvo
Al morir las olas cantaron en su nombre

Y, aun así, cuando le dio color al viento
no le dio vergüenza vivir.

Son lo que se dice

Ocres

Son mías

De rojo van vestidas

Vasca

Denso

Huecas las vuelvo

Tacto de aire

por primera vez siento miedo.

Para las nornas

Besé tus labios sepia y de polvo vestí mi lengua
ciega

lenta

Supiste lo que yo

En el árbol te escondías, pues de tus hermanas
[fuiste la primera nacida

¿Dónde estoy?

Varada en óleo, dama bella

De mí sabes lo que mis pupilas prueban
Sombras

Luz

Materia

Labios rojos

Piel morena

De tus hermanas eres la intermedia

Barroco, quizá abstracto, miraré tu rostro si tu permiso obtengo.

Altanera, mirarás que hasta presumiré el pedazo de tu silueta
que el Sol me dejará

hurtar si logro que se detenga.

Caótica, serás en tus tres hermanas la más incierta.

Johan Acosta Rosales

[<<Letras sempiternas>>]

Módulo Huejúcar de la Preparatoria Regional de Colotlán

Silencio

No recuerdo el sonido del silencio.

La última vez que hubo total,
ni siquiera lo noté.

Lo que sí recuerdo es el sufrimiento que causa
la impotencia,
confusión.

Un silencio es un lazo al cuello
una bala en el paladar
el silencio es el camino al suelo desde el décimo piso.

Es todas las respuestas
a la vez ninguna
todas las preguntas.
Dichas en una.
El silencio como alarma
antes de la tragedia
luego de las palabras.

El silencio no es paz
tampoco guerra
pero está en ambas.
Justo un segundo antes.

¿Siquiera es posible?

¿Qué sucede, carajo?

La tranquilidad
y la banalidad de un día cualquiera
inundan, brumoso,
un lugar cualquiera

en el silencio común
de la tempestad de las vidas.
En su convivencia indiferente
donde todos ocultan algo

Derrumbándose al sonido del fuego.
¿Qué sucede, carajo?
Se preguntan los vidrios rotos y la pared abollada.

Todos corren, todos huyen.
Es normal, nos dice la gente...
Es normal, nos dice la muerte.
Mientras cae un cuerpo
mientras cae un casquillo.

Amanecer

Los pájaros ya despertaron.
El cielo se ilumina de rosa,
el frío me dice que este día será largo.

Tus fotos al lado y las canciones
alguna vez dedicadas a ti, sonando.
¿Qué más puedo hacer, además de suspirar,
luego de una noche igualmente larga?

Cada día está envuelto en un sopor
con sabor amargo
y colores opacos.

Por lo menos los gorriones se ven contentos.

Atardeceres

No sé cuánto tiempo he estado
ante la ventana.

Cuántas tardes he estado sentado, en contemplación.

Arden mis ojos de atardeceres.

Ahora, cuando mi cuerpo no está ahí, en esa ventana
mirando al horizonte vivo
mi cuerpo lo añora.

Sufre la sed de iluminación provocada
por la extinción del astro, por el venir de la noche
y el nacer de las estrellas.

Quizá ya sea parte de ello, tantos atardeceres
tantos sonidos. Ahora soy gorrión,
ahora viento.

Cuento

FIL joven, cuento, 2019

Luis Martín Ulloa

Dos puntos llamaron de manera poderosa y optimista mi atención cuando conocí la lista de quienes escribieron los cuentos ganadores de esta edición de FIL Joven 2019. Por una parte, lo relativo con la paridad de género, pues de las cinco personas seleccionadas, tres son mujeres. Y, por otra, los lugares donde se produjeron estos textos: tres en preparatorias de la zona metropolitana, y dos en una foránea, específicamente de la Preparatoria de Colotlán.

Esto me llevó a formularme algunas ideas que, me parece, encierran aspectos importantes para la promoción y el ejercicio mismo de la literatura: por ejemplo, que estamos asistiendo al establecimiento cotidiano, cada vez con más solidez y constancia, de la escritura hecha por mujeres; y también que Guadalajara deja de tener el papel principal en la producción literaria para ceder la pluma a las ciudades del interior. Esto no es fortuito, por supuesto, porque es una señal inequívoca de que nos encontramos frente a un nuevo ordenamiento del quehacer literario, que sobrepasa al género y a las geografías.

Ahora, en cuanto a los mismos textos seleccionados, se advierte cómo esta juventud creativa se adentra en la labor

íntegra que implica armar un cuento. Es claro que son textos más calculados, con un uso más pleno de los recursos y herramientas narrativas. Además, con un interés genuino por seguir abordando los universos adolescentes (el entorno mismo de quienes los produjeron, por supuesto), pero a la vez probarse en temáticas que tal vez gustan mucho al público joven, pero no se retoman con mucha frecuencia, como el suspenso, el misterio, lo fantástico e incluso el relato que alcanza tonos eróticos.

Estas nuevas voces de María Gloria, Janet, Paola, Manuel y Sergio Jared, seguro continuarán dándonos noticias y muestras de su trabajo narrativo, acaso a través de diversos medios y cada cual siguiendo sus propios ritmos y procesos creativos. Es nuestro deber, ya que han dado este primer paso, procurar que tengan las mejores condiciones para que desarrollen su obra. Muchas felicidades por este logro y que haya mucha constancia para seguir en este camino de la literatura, a veces un poco difícil pero siempre gozoso, por supuesto.

Sergio Jared Froylán Medina

[<<Innocenty>>]

Preparatoria Regional de Colotlán

Su honra

Crecí en una comunidad muy religiosa, Dios y Cristo siempre han sido el centro de mi vida y cada día doy servicio a ellos. Alabarlo emociona e incendia el alma devota dentro de mí, aunque últimamente ya no siento el mismo gozo que en mis años de juventud. Pero no se confundan, porque puedo asegurar que nunca he pensado dejar de lado mi devoción. Por otro lado, quizá la razón de por qué mi dicha se ha entumido sea uno de los trágicos efectos secundarios que conlleva envejecer, aun así, estoy realmente feliz por mi hermano, quien pudo tener la más grande gloria de todas.

Verán, cada año mi iglesia organiza un hermoso evento en honor al Viernes Santo; su preparación consistía en que todos los niños menores de 13 años tenían la gran oportunidad de entrar a una especie de rifa.

El premio para el ganador era el de jugar un papel muy importante, y muy especial en la ceremonia. Todos los chicos del barrio, durante esa época en particular, esperaban ansiosos el momento para poder concursar.

La causa de nuestra prisa iba más allá del sólo deseo por ganar, lo que nos ponía tan ansiosos era el profundo placer que sentían nuestros pequeños corazones al mostrar nuestra devoción.

El Viernes Santo que les contaré fue el último en el que participé, pues pronto cumpliría 13 años y no podría volver a concursar, pues, a pesar de haber competido todos los años desde que tenía nueve, nunca fui seleccionado.

Aún recuerdo cómo sostenía mi boleto, entusiasmado, con la esperanza de que el pastor dijera los números que me habían tocado. Esa vez mi hermano menor también entró al evento, incluso aseguraría que estaba más emocionado que yo.

—Muy bien, caballeros. ¿Están todos listos? —exclamó el pastor, a lo que respondimos afirmativamente con un grito.

El pastor continuó:

—De acuerdo, está bien. ¿Aurora, me puedes pasar la canasta? —Aurora era la esposa del pastor, al cual obedeció diligentemente—. Su marido metió la mano y rebuscó dramáticamente por el ganador. Después de unos momentos por fin sacó un boleto.

—Aquí está, amigos, el ganador y participante especial para el Viernes Santo de este año. Es aquel que tenga los números: siete, uno...

Empecé a temblar con fervor conforme decía los números, puesto que hasta ese punto todos coincidían a la perfección con mi boleto.

—Cinco, cuatro... —Acorde seguía exclamando el religioso, quejidos de disgusto comenzaron a surgir a mi alrededor.

—Y seis. Ahí lo tienen, chicos. Ahora veamos. ¿Quién fue el afortunado ganador? ¿Dónde te encuentras, pequeñín?

Apenas me podía mover, el número ganador era el que aparecía en mi boleto, incluso el día de hoy me pregunto si ese fue el mejor día de mi vida, pues nunca antes había ganado algo y eso provoca que casi soltara el llanto frente a todos. Fue entonces cuando giré a ver a mi hermano; su cabeza agachada y la mirada al piso no dejaba dudas de cómo se encontraba.

Al verlo, sentí un gran peso en mi corazón. Jamás lo había visto tan decepcionado, supe en ese momento que se trataba de una prueba divina y, aunque era difícil, estaba determinado a superarla.

Antes de que mi hermano se uniera a la muchedumbre para quejarse de su mala suerte, cambié su boleto con el mío.

—¡Pastor! —alcé la voz—. ¡Aquí está el ganador!

Volteé de nuevo con mi hermano y logré admirar su rostro resplandeciente de felicidad, viva imagen de la gratitud. Momentos después, se dirigió con el pastor.

—¿Qué tal, hijo? —saludó el clérigo—. ¿Listo para cumplir con el deber más importante de todo el servicio? —Entonces le acercó el micrófono y mi hermano sin dudar respondió afirmativamente.

—¡Aleluya! —gritó con fervor el presbítero—. Entonces podemos dar inicio al bello acto.

Conforme hablaba, cuatro diáconos se acercaron desde atrás de mi hermano, cargando consigo una vieja y astillada cruz de madera.

—Como seguro ya saben —continuó— nuestro señor sacrificó a su hijo unigénito para que nosotros, los pecadores, tuviésemos una segunda oportunidad de alcanzar la vida eterna.

—Amén —contestamos los creyentes al unísono.

—Hoy, hermanos y hermanas —prosiguió— renovamos el convenio justo aquí. Así es, hermanos, el señor ha escogido a este joven para servir, como una tangible y visible conmemoración, del máximo sacrificio que él mismo realizó hace más de dos mil años. Recordemos, pues, que Dios es bueno y que su amor es real.

Los diáconos colocaron la cruz en el suelo y dieron salvajes latigazos a la suave piel de mi hermano, la cual se desprendía conforme aumentaba el ritmo de éstos. Las múltiples hemorragias y desgarros en su espalda fueron las causantes de que su frágil cuerpo se mostrara en tan mal estado. Una vez recobrada la conciencia de aquella afortunada persona, se dispusieron a clavar cada una de las extremidades en la enorme cruz, de tal manera que hicieron tributo a la ejecución de Nuestro Señor. Ya hecho todo lo anterior, se levantó aquel objeto de apariencia titánica en contraste del pequeño mutilado.

Los enormes ojos de mi lindo hermano observaron a la multitud que lo alababa, antes de posarlos en mí, me sentí tan orgulloso que no pude evitar soltar una lágrima de fe-

licidad y, en silencio, bendije por su alma al mismo tiempo que su cuerpo convulsionaba.

Aquella vez me di cuenta de que, aunque perdí mi última oportunidad de tener tan grande honor, no había niño que lo mereciera más que mi hermano.

María Gloria Guadalupe Montoya Flores

[<<Durazno>>]

Preparatoria Regional de Colotlán

Azul

Sobre su cama y, con aquella bonita pantaleta blanca, estaba Marisa, su Marisa. Para su madre era *Mari* y para sus profesores era la señorita Prego. Pero por la noche, cuando parecía que nada alumbraba su vida, las lucecitas que en su cuarto había eran del mismo color que el cielo, por las noches ella era azul.

Con cabello negro y siempre en paños menores cuando estaba en su casa; con su uniforme cada que asistía a clase; con vestido cada fin de semana; sin nada en la mente de Tomás. Azul, azul del cielo que cautivaba su alma; azul de sus ojos cuando le miraba, azul sus luces, azul su edredón; Marisa, para él.

Tres días antes: azul y media robadas

Las blancas medias, que de seguro le había robado a su madre, brillaban gracias al matiz que de la ventana se co-

laba; moviendo su delgada pierna con ritmo, mirándole, a pocos pasos de él, con sus *Converse* golpeando el suelo de madera.

Tomás la había conocido cuando ella iba junto a su padre en una mañana lluviosa y fría, con su uniforme negro y corto. *Tommy* conoció el cielo. Descubrió que el cielo tenía pecas, semejantes a las estrellas; que su cabello era corto y negro, y que medía menos de un metro sesenta.

—¿Puedes comprarme esto, mamá? —el dulce tono con el que siempre preguntaba las cosas y la tierna manera en que su rostro formaba un pucherito. Cuando sus padres se negaban ante algún capricho suyo, le ponía los vellos de puntas.

—No, Marisa.

Tomás apretó la quijada y por la pura educación le sonrió a la mujer que, de la mano de su muchachita, salió de aquella mercería.

—Adiós, Tomás —dijo aquella voz angelical, tan suave, a lo que tan sólo reaccionó para despedirse con un movimiento de mano.

Marisa, azul como el cielo, como el mar. Todo era azul, inexplicablemente lejano y bello como el cielo y el mar.

Tomás estuvo seguro que cuando la conoció no fue una mirada superficial la que le dio; no, para él no fue una simple atracción, fue una daga que inflamó su corazón de amor, tan repentino y semejante a las flechas de Eros.

Él la vio alejarse, tan elegante al caminar, tan femenina, tan perfecta: Marisa.

Dos días antes: el rojo de la paleta

Su pequeño y rosado sinhueso envolvía con gracia la paleta de cereza, en un vaivén tan hipnotizante y sicalíptico, que hacía a su cuerpo reaccionar, acompañada con aquel bonito vestido rojo, adornando su floreciente figura, la naciente de una mujer.

Una mujercita, eso era Marisa.

—Uh, espero que llegues hasta los veintiocho, *Tommy* —vocalizó con voz suave y gentil, sacando espacio, la paleta de su boca—. Hoy, en clase de biología, vimos las sustancias que el cigarrillo contiene.

—¿Es así, Marisa? —Marisa. De la M a la última A, es un precioso poema para Tomás; un sencillo nombre para quien fuera que lo pronunciara—. Eres lista, pequeña.

—Sí, contiene nicotina —siguió lo que Tomás tomó como un pequeño sermón, con sus ojos fijos en sus delgadas piernas, subiéndolos lentamente, cuando notó que dio dos pasos hacia él—. Vas a morir un día de un ataque al corazón. —Y de pronto ya no tenía su cigarro, que murió cuando Marisa lo arrojó al pavimento y fue pisoteado por ella.

Su cuerpo se había estremecido, podría jurar que así era y que en su momento se obligó a sí mismo a no tomarla entre sus brazos, a no estrecharla contra él, a no jurarle el amor y el deseo del que Marisa era objeto; aquella mujercita había elevado su mano, con el palillo en blanco de la paleta entre sus dedos, ofreciéndole aquel caramelo, con una sonrisa tan roja como el tono de aquel dulce y un aroma a cereza delicioso.

¿Así sabrían sus labios?

Cuando su boca se abrió, ella introdujo con cuidado el dulce. Y Tomas tocó el cielo.

Diez días después: un pastel de cumpleaños que jamás fue comido y un cielo lila

La cama estaba cubierta de un edredón azul, con unas almohadas que la mujer se había encargado de adornar con las bonitas fundas que ella había hecho. Con estantes de madera negra y paredes blancas, con el escritorio individual repleto de plumas y libretas, tal como su niña lo había dejado antes de salir.

Durante unos momentos, las blancas y suaves manos de la mujer fueron posándose sobre el cristal del escritorio. La languidez de su rostro iba carcomiendo sus expresiones, el dolor consumía con lentitud su salud mental.

Su cintura fue apresada por las callosas manos de su marido y Daniel sintió su espalda baja chocar contra la pelvis de él; siempre encontraba refugio en sus brazos y consuelo en él, pero sabía que mientras ella no volviera, el consuelo no lo haría tampoco. Mientras ella no volviera, la paz y la serenidad no volverían existir jamás en ella. Su pecho se hinchó de dolor y el escozor en que se había convertido respirar, cuando su esposo recargó su frente contra su hombro. Pudo sentir su aliento contra ella, pudo sentir el intento del hombre al que confiaría su vida por decir algo, pero no había palabras.

Ella giró unos momentos su cabeza, provocando el choque de miradas. El azul de sus ojos, contra los castaños de ella, ambos mares, opacados por el rojizo tono que sus lágrimas dejaron.

Marisa Prego había salido de la secundaria, con su uniforme negro y con sus medias blancas, que había tomado prestadas de su madre, con el pequeño estuche de colores que su padre le había regalado por su cumpleaños, y con la promesa de volver pronto, para poder comer, junto con sus abuelos, el pastel que su familia había encargado para ella, por sus ahora, 15 años.

Cuando Lucas miró al frente, Daniela lo hizo también. El cielo estaba volviéndose lila, deshaciéndose lentamente del azul tan hermoso que cada día plasmaba frente a ellos, observando tras la ventana la decadencia del sol.

Iban a encontrarla. Daniela sabía que sí.

Día 0. El labial rojo y el azul de sus ojos: magenta

La blancura del colchón acuñó el cuerpo de Marisa, abrazándolo de manera brusca, cuando Tomás le tiró delicadamente contra éste.

La miró, miró sus preciosas piernas, desnudas gracias a aquella pequeña falda negra que diario portaba. Miró su abdomen, sus pequeños senos apenas notorios a través del suéter con el escudo de la institución a la que asistía cada mañana. Y... Dios, cómo no mirar su bonito rostro, su corta y negra melena, y la expresión que ella tenía, en un puchero que le recordaba a una niña, cuando estaba a punto de llorar.

Por más que la observaba, por más que sus ojos chocaban contra los de ella y se perdían en un azul tan claro como el cielo, Tomás podía afirmar con certeza que era el amor de su vida, que amaba con tanta locura.

Su etérea voz brotó de sus labios rojos, en un pequeño jadeo que desembocó el amor de Tomás.

—Por favor, déjame. — Marisa, siempre soñada entre sus brazos, sin nada en su mente, con manos tan suaves y blancas que sólo tuvo el placer de apreciar cuando las suyas las apresaron contra la cama.

Con una piel tan grácil, con tantas pequitas formadas por polvo de estrellas, que Tomás sólo apreció cuando retiró prenda por prenda, con una estrechez tan deliciosa que le hizo tocar las estrellas.

Pero la voz de su mujercita era quebrantada por los gritos que desgarraban su garganta y Tomás no quería eso, no quería volver a ver ese rostro lleno de lágrimas; le indignaban que luego de haberle entregado su amor, ella le pagara con eso.

Fue cegado por su brillante labial rojo, tan sólo fue cautivado por sus preciosos ojos azules y las lágrimas de placer que mojaban sus mejillas y que parecía unir sus pecas. No fue su culpa haberle levantado la mano, tan sólo deseaba que disfrutara tanto como él lo estaba haciendo.

El sonido que aquel acto causó fue lo suficientemente bello como repetirlo una y otra vez, sobre su piel, con su pelvis embistiendo contra su endeble intimidad.

—¡Ya déjame! —exclamaba tan tierna, a los oídos de Tomás—. ¡Me está doliendo!

—Sollozos suaves, delicados.

Marisa, siempre desnuda en su mente. Marisa, entre sus brazos, acompañando aquel poema de tres sílabas, pequeños jadeos de su parte y lloriqueos por parte de ella. Marisa, ahora que estaba entre sus brazos, no sería capaz de soportar que se fuera.

El último suspiro por parte de Tomás al llegar al éxtasis, el último suspiro de su Marisa luego de haber puesto esa almohada contra su perfecto y aniñado rostro.

Marisa. *Mari* para su madre. Señorita Prego para sus profesores. Su Marisa, con la estela que el labial rojo dejó alrededor de sus labios, luego de besarla, con la esencia de Tomás entre sus piernas, con sus ojos azules totalmente abiertos, fijos en el cielo. Marisa sobre aquel colchón blanco, con carmín brotando de su interior.

Marisa ya no era azul, ahora era una mixtura de rojo y azul, con blanco entre sus piernas.

Marisa, para él.

Janet Torres Santoyo

[<<É. d' Âme Ν3Λλa>>]

Preparatoria Regional de Santa Anita

ANTE MERIDIEM

Mamá siempre se las ingenia para mantenerme ocupado en nuestra casa los lunes por la tarde, pero hasta la fecha me he salido con la mía. Todas las semanas sin falta, después de almorzar, he conseguido su consentimiento para tomarme un breve descanso previo a continuar con nuestras sesiones de estudio; aunque debo admitir que fue todo un reto. ¿Era tan difícil para ella comprender que un niño de mi edad necesita un poco de recreación? Y me refiero a la divertida.

La convencí de que me sería de gran ayuda y que mi cerebro se estimularía de tal forma que se me facilitaría una nueva lección de saxofón cada inicio de semana. Traté de negociarlo, pero al hacerlo estuve a punto de estropearlo debido a que llegó a considerar seriamente en hacer un pequeño espacio entre “Mi itinerario académico”, como suele llamarle, para dar inicio a ciertas actividades que me puedan ayudar a conseguirlo: juegos de memoria, rompecabezas, dibujo, ajedrez o extender mis horas de lectura. Hasta pensaba en acondicionar la sala de estar para unas clases

de yoga y meditación; claro, como si ya no estuviéramos lo suficientemente asfixiados bajo este techo. ¡Y cómo olvidar que quería añadir otra hora de sax a mi horario! Ella quería añadirlo todo, menos salir y darme un respiro.

No obstante, eso ya no es de mi preocupación. Por supuesto que nunca falta el día en el que busca retrasarme o evitar que salga a divertirme, pues al divisarme llevando la última porción de comida en mi plato hacia mi boca, inicia el bombardeo: “Carter, haz esto”, “Carter, no olvides esto”, “Carter, la mesa no se recoge sola”, “Carter, abrígate”, “Carter, tus agujetas están desatadas”, “Carter, ¿recogiste tu habitación?”, “Carter, Carter, Carter...”.

A decir verdad, no puedo quejarme, al final cedió y eso es lo que importa.

Ahora, a las 11:00 a. m. salgo puntualmente con mi balón anaranjado entre brazos, recorro la acera dos casas hacia la izquierda para encontrarme bajo el poste de luz de siempre con Cori y, enseguida, reunirnos con Henry en el parque que está cruzando la calle.

Mi madre creyó adecuado concederme sólo 45 minutos de asueto, así los 15 restantes los utilizaría para asearme y proseguir con mi rutina antes del mediodía.

Sé que cualquiera podría asegurar que aprovecho al cien por ciento cada segundo. Lo que realmente contribuyó mucho a este permiso es que el vecindario en donde vivo es tan pequeño como seguro. Además, creo que esto le serviría a mamá para que pueda distraerse un poco también. Tal vez sea aún muy joven para entenderlo por completo, pero sé que cuidarme sola y educarme por su propia cuenta

no ha de ser sencillo. A veces que llego a mencionarlo, me corrige al instante y aclara que estoy equivocado, pues nos tenemos mutuamente y, de algún modo, a papá.

No puedo recordarlo, pero según lo que ella me ha contado, él me obsequió, al cumplir mi primer año de vida, el balón que llevo conmigo todos los lunes al parque. Yo era un bebé para ese entonces y no jugaría con aquel balón hasta crecer siquiera un poco más. Así que mi madre decidió guardarlo, junto con sus demás pertenencias, en el ático. Pasaban los años y el balón seguía intacto allá arriba. Nunca tuve la oportunidad de jugar con mi padre, pero ahora juego por ambos junto con mis amigos. Es lo único que tengo de él y que mi madre me ha dejado conservar, y me he encargado de no descuidarlo. Yo el balón y ella el piano, ¡quién lo diría!

De vez en cuando practicamos juntos durante la clase de música. No quiere admitirlo, pero sólo durante las noches la escucho interpretar desde mi habitación la misma dulce melodía. En varias ocasiones, me he atrevido a dirigirme a las escaleras en silencio y asomarme por el pasamanos para presenciar la infausta imagen de su silueta inclinada hacia las teclas y jugar con ellas delicadamente. Papá tocaba el piano; sólo sé eso. Probablemente sea su forma de recordarlo o sentirse cerca de él. Por eso mismo, tengo totalmente prohibido estar cerca de aquel instrumento de pared si no es sólo para ensayar al unísono con ella. Eso explica también por qué llegó a la casa el día de mi séptimo cumpleaños con un estuche plateado que protegía dentro de sí el que hoy es mi saxofón. Quizá lo

vio conveniente para evitar la aparición de cualquier posible interés hacia su piano. De todos modos, nunca podría igualarla. Prefiero escucharla tocar, e incluso, entonar conmigo durante mis lecciones de canto. En fin, supongo que existen demasiadas reglas en nuestro hogar y todas exclusivamente para mí.

Hoy, uno de los tan dichosos lunes, fue cuando me encontraba cerca de la jardinera central del parque jugando a patear mi balón con Cori y Henry. Había pasado media hora desde que salí a mi receso y las nubes no han dejado de obstaculizar el paso de los rayos del sol. Indudablemente lloverá y pronto. Sin embargo, no pienso posponer mi único tiempo libre sólo por un par de gotas de agua que siguen sin aparecer. Decidí no interrumpir el juego y seguir divirtiéndome por un rato más, que no duró mucho, como había imaginado...

Pareciera difícil de creer, pero a veces existían no muy buenos lunes y todo gracias a Ronin. Él es un chico que vive al otro lado del parque, una que otra vez se había acercado a nosotros para jugar; aunque me arriesgo a decir que es brusco y ha llegado a ser un niño muy grosero e intimidante. Es por eso que los tres tratamos de evadirlo a toda costa y evitarnos problemas. Francamente no pensamos que esto le ofendería tanto como para molestarnos siempre que nos ve a escasos metros de él. A pesar de ello, no está tan mal en realidad; esto suele suceder muy rara vez, ya que Ronin estudia en un colegio alejado de aquí y está en clases mientras nosotros salimos a jugar en el parque. Si bien, para nuestra suerte, hoy era una de esas raras veces.

Henry pateó tan fuerte mi balón que cayó en el arenero a mis espaldas. Impactado por la fuerza de su pierna, corrí hacia el paradero de la bola anaranjada, pero algo andaba mal... ¿a dónde se había ido? Segundos antes se encontraba rodeada de arena y ahora no lograba localizarla, o al menos eso creí hasta que recibí su firme impacto contra mi cabeza provocándome el desequilibrio. Acto seguido, caí bocarriba sobre la arenosa superficie. Las carcajadas irritantes de Ronin se hicieron presentes, ni el dolor que me había causado en el cráneo las hacía confundibles. Me reincorporé rápido. Mi cara de desconcertado lo decía todo.

“Vaya, tal vez para la próxima debas de tener más cuidado en dónde metes tu cabezota”, dijo en tono burlesco mientras cogía de nuevo la pelota con sus grandes y robustas manos. “Vamos, sólo regrésanosla, Ronin, y déjanos jugar en paz”, exclamó Cori a lo lejos. “Olvidalo, creo que he conseguido un nuevo juguete”, respondió girándose dispuesto a marcharse. “Más te vale que me la devuelvas”, respondí desafiante. Tras ignorar mi advertencia, siguió su camino. No había dado ni más de cinco pasos cuando impulsivamente me veía a mí mismo arrojándole una considerable cantidad de arena a su cabello, lo cual, sin duda alguna, ocasionó su enfado. Una vez hecho esto, Ronin rotó su cuerpo por completo hacia mí, arqueó sus brazos lo más que pudo por detrás de su cabeza y lanzó mi balón hacia la calle principal que separaba el parque de las casas. “Ve por él”, dijo retándome para después retirarse a quién sabe dónde. Preocupado apresuré mi paso hacia esa dirección, ni loco lo dejaría a la suerte y permitiría que algún vehículo se

llevara consigo el balón de mi padre. Para mi fortuna, nada de eso sucedió. Sin pensarlo dos veces lo llevé hacia mi pecho como si se tratase de un valioso tesoro, que por supuesto así era. Tal y como lo predije, la lluvia se desató sin más. Regresé mi mirada hacia el parque para tratar de encontrar a mis amigos. Nada. Nadie. Supongo que se adelantaron, nunca les ha gustado jugar empapados de agua. Aún es temprano, pero creo que fue suficiente por hoy. Así que lo más conveniente es volver a casa y seguir con mis estudios.

Crucé la calle abrazando con fuerza mi balón y no pude pasar por alto un raro y peculiar cosquilleo que recorrió todo mi cuerpo. Algo se sentía diferente. No quería que se me hiciera tarde, así que seguí caminando. “Justo a tiempo”, pensé. Apenas faltaría un cuarto de hora para el mediodía y yo ya atravesaba la entrada de mi hogar anunciando mi llegada. Esperé alguna respuesta. Nada. Nadie otra vez.

Me dirigí a la sala de estar en busca de mi madre y en lugar de verla preparando su piano y los libros de música para la clase de hoy, encontré un trozo de papel sobre la caja del instrumento, lo tomé imaginándome lo obvio y lo leí en voz alta: “Carter, regresaré a la hora de la cena. Saliste al parque puntual como siempre y no pude alcanzarte. Iré a visitar a la abuela, tercer lunes del mes, ¿recuerdas? Con cariño, mamá.”

En verdad olvidé el asunto de mi abuela por un instante, y vaya que uno muy largo. Dentro de nuestro acuerdo, referente a mi tiempo recreativo, acepté acompañarla para ver a mi abuela y cerciorarnos de que se encuentre bien el tercer lunes de cada mes. Me gusta ir a su casa porque me recibe

con bocadillos deliciosos y me deja encender su televisor, a pesar de que mi madre esté en total desacuerdo. Me disculparé con ella la siguiente vez que la vea; pediré permiso a mi madre para pasar antes por unas flores para la abuela y tratar de remediar mi pequeño descuido. Sí, eso estará bien.

Supongo que hoy habrá mucho más tiempo para mí de lo que jamás creí. No estaría mal tomarme un día de vacaciones; claro, sólo hasta que mamá vuelva.

Fugazmente crucé el corredor y subí a largas zancadas las escaleras. Tomé un baño y cambié mi anterior atuendo a uno mucho más cómodo. Ya eran pasadas las 12 y aún no tenía hambre. Estuve gran parte del día dentro de mi habitación practicando con mi instrumento, no tenía nada mejor que hacer.

A eso de las 15:00 horas ya me sentía muy agotado y podría jurar que mis pulmones se habían desgastado, así que bajé a la cocina por algo de comer y recuperar energía. “¡Magnífico!”, dije internamente. La dicha estaba de mi lado: mamá me había dejado la comida preparada en el refrigerador: estofado de pollo. Como era de esperarse, yo, con tan sólo nueve años de edad, no planeaba calentarlos en la estufa porque ni siquiera sé cómo esa máquina funciona, así que opté por usar el microondas esta vez. Degusté tranquilamente el platillo en el comedor y al terminarlo no pude evitar servirme más. Era muy raro, creo que jamás había comido tanto estofado, pero aún así seguía con apetito, mi hambre no cesaba. Ya no me serví otro plato más después de ese, porque probablemente mi madre querrá comer un poco también al llegar.

Pasaron las horas y dieron las 20:00 horas. Esperé a mamá en el comedor con la cena servida; quería sorprenderla, seguro estaría agotada. Veinte, 30, 40 minutos transcurrieron y no había rastro de ella. Guardé su cena de nuevo en el refrigerador. Moría de sueño. “Probablemente no tarda en llegar, mejor subiré a mi habitación a dormir, pues si me encuentra despierto a estas horas de seguro enloquecerá”, me dije antes de subir directo a mi alcoba para alistar mi cama.

Estaba a punto de meterme entre las gruesas colchas que adornaban mi lecho, cuando de pronto escucho sonidos muy extraños. Ya con mi pijama puesta, merodeé por todo el segundo piso; al parecer, provenían de la planta baja. Cauteloso, bajé los escalones uno por uno hasta distinguir la brillante pantalla del televisor frente al sillón a un costado del piano. No comprendía lo que sucedía, ¿quién pudo haberlo encendido? Mi madre tiene guardado el control remoto para evitar que yo excediera de su uso y ella no se encontraba en casa, ¿o sí?... “¿Mamá?”, la llamé desde las escaleras. Bajé con el poco valor que me quedaba, lo apagué y me dirigí a la cocina. Nada. Nadie.

No lo entiendo. Seguí buscando. Al cruzar la sala de estar, de nuevo el televisor estaba encendido y el control remoto sobre el sillón. No pude ni asimilarlo cuando un portazo en seco se escuchó desde las recámaras de arriba. “¿Mamá?”, cuestioné en voz alta. El agua saliendo de uno de los dos grifos del fregadero de la cocina obtuve como respuesta. El miedo se apoderó de mí. No sabía quién se hallaba ahí, pero no me quedaría para averiguarlo. Corrí escaleras arriba y me encerré en mi habitación. Di la vuelta para tener

una vista amplia de la recámara y en eso contemplo un sorprendente caos: mis cajones junto con mi ropa en el suelo, al igual que mis juguetes, las puertas de mi armario abiertas y mi escritorio patas arriba. En cambio, mi cama estaba arreglada con el estuche abierto de mi sax sobre ella. “Pero, ¿dónde está mi ...?”. No pude ni terminar de formular la pregunta cuando percibí desde la planta baja cómo un par de notas fueron tocadas por éste y, en seguida, un estruendoso ruido indicando desastre.

Salí sin saber qué esperar, me asomé de nuevo por las escaleras y mi saxofón se encontraba tendido en el suelo destrozado de extremo a extremo. Mi cabeza iba a explotar, estaba atónito. A los segundos, escucho desgarradores sollozos y gritos que provenían, si no me equivocaba, de una mujer. Pude notar unos vidrios rotos al final de la escalera. No había remedio, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Mi corazón no podía con tanto pánico dentro suyo. Sólo pude abrazarme del barandal más cercano a mí y rogar que aquella vivencia terrorífica parara o, mejor, fuese una pesadilla. Cerré firmemente mis ojos esperando que mi última opción fuera real, pero no era así. Aunque, al abrirlos, cierta imagen originó una ligera e inesperada tranquilidad en mí: mi madre hincada frente a la puerta mirándola fijamente. “¡Mamá!”, grité aliviado corriendo hacia ella. Me coloqué detrás de su cuerpo dispuesto a abrazarla, pero al mirar todo el desorden, reaccioné: “¿Qué sucede? ¿Por qué lloras? ¿Está todo bien?”. Muda. No respondió, no volteó a verme. “Mamá, ¿por qué no me contestas?”. Todo el cuerpo de mi madre empieza a estremecerse y, a su vez, los llan-

tos continuaron. Mi cuerpo se quedó estático. “Oh, Carter —solloza— un balón no lo valía”. “¿Qué dices?”, respondo confundido. “¡¿Por qué no fui por ti al parque?! ¡Debí haberte llevado conmigo en primer lugar!”, grita, rompe en llanto y se inclina hacia delante. Tiene algo entre sus brazos. “¿De qué hablas, mamá?... ¿Mamá?”. Me coloco impaciente junto a ella. “¡Mamá, respóndeme!”. Mi voz se entrecorta. Ella no puede escucharme. Mi madre yace en el suelo aferrándose al cuerpo de un Carter con ropa teñida de rojo y, a su lado, un balón anaranjado deshecho por completo. Ella ya no podrá responderme, ya no puede verme.

Paola Luna Ochoa

[<<Lulú>>]

Preparatoria 9

Flores

15 de diciembre de 1952

Diario querido:

Ha llegado la Navidad, por fin. Estuve esperándola con ansias. Amo la Navidad, sin duda es mi época favorita del año: mucha comida y regalos nos aguardan pero, sobre todo, ya no tengo que ir a la escuela. Me parece tonta, mamá siempre me dice que soy especial, no soy para nada igual a los otros niños; de hecho, sigo sin conseguir amigos, aun así, insistía en llevarme a la escuela. Yo no lo creo necesario, ya sé todo lo que hacen ahí y los niños son tontos.

Este año nuestras vacaciones serán en casa de la tía Karen, la hermana gemela de mamá, para celebrar la época navideña y Año Nuevo. A mis nueve años todavía no la conozco.

Dice mamá que hace varios años la tía Karen se mudó a un pueblito muy lejano de nuestra casa. Ella tenía una hija, pero dos semanas después de mudarse desapareció sin dejar rastro. Un año después nació yo. Mamá dice que me pa-

rezco mucho a ella. Ambas nacimos con los ojos azules, esto es peculiar, ya que en mi familia nadie más tenía ojos claros.

Luego de la desaparición de Flor, mi prima, tía Karen entró en un fuerte *shock* emocional y tuvo que ir a terapia durante varios años. Ahora está mucho mejor, pero mamá me pidió no mencionar nada acerca de mi prima. —Ni un solo comentario al respecto— fue lo que dijo mamá.

Haré lo que pueda. Me despido, diario querido, mamá me está hablando.

16 de diciembre de 1952

Diario querido:

El día está cerca y yo salto por conocer a una persona idéntica a mi mamá. Faltan tan sólo dos días para partir a casa de tía Karen y mamá ya tiene todas las maletas preparadas. La veo emocionada, ya que tiene mucho tiempo sin ver a su querida hermana.

Adiós, mamá quiere que me cepille los dientes.

18 de diciembre de 1952

Diario querido:

¡Llegó el día, llegó el día! Estoy brincando de la emoción. Ya vamos a arrancar.

Antes de que mamá se detuviera por gasolina dijo que faltaban dos horas de camino, ya casi llegamos.

Oí decir a mamá que son las 18:35, llegamos después de lo que dijo mamá que demoraríamos. Al llegar, tía Ka-

ren recibió a mamá con un fuerte abrazo y un beso. Cuando me vio, una lágrima corrió por su mejilla. Tía Karen me confundió con Flor, su hija.

Cuando subíamos por las escaleras noté que toda la casa de la tía Karen tenía muchas fotos de la que parecía ser Flor; somos muy similares. Cuando llegamos a las habitaciones había una puerta color rosa, con una corona dibujada. Le pregunté a tía Karen si era la habitación de mi prima Flor, contestó que sí, pero que había perdido la llave.

Además, sin querer le pregunté que si extrañaba a Flor, me dijo que la extrañaba mucho y se le salió una lágrima. Respondió que se consolaba porque ahora me tenía a mí.

Hoy te conté mucho, diario, te cuento mis aventuras mañana, hoy estoy muy cansada.

21 de diciembre de 1952

Diario querido:

Es el tercer día. Hoy, jugando en el jardín, noté una casita en el árbol más grande del patio trasero y subí. En la puertita de la casa estaba el nombre de mi prima desaparecida escrita con muchos colores.

Entré y, buscando con qué jugar, en un baúl viejo encontré una llavecilla junto a un camafeo con la foto de tía Karen y mi prima Flor; los guardé y jugué un rato con la muñeca que también se encontraba en el baúl. Cuando comenzaron a hablarme para ir a comer, bajé del árbol y corrí con tía Karen a entregarle lo que había encontrado.

Me regañó por haber subido y le entregué la llave y el camafeo.

Me sentí mal por cómo me habló tía Karen.

Ahora estoy triste, pero mañana le pediré si puedo entrar al cuarto de mi prima.

Diario, espero poder dormir.

24 de diciembre de 1952

Diario querido:

Esta noche es la cena de Navidad. Estoy muy feliz, es mi noche preferida. Tía Karen y mamá van a preparar pizza, mi comida favorita.

Esta semana tía Karen me ha consentido mucho, me ha dado pastelitos y muchas golosinas. Aunque mamá se molesta y le pide que no lo haga, tía Karen lo sigue haciendo. Lo malo de tía Karen es que no me deja pasar a la habitación de Flor. Se lo he pedido mucho, pero no me da permiso. Espero convencerla la próxima semana.

Feliz Navidad, diario querido, luego te cuento qué regalos trajo para mí Santa Claus.

26 de diciembre de 1952

Diario querido:

La pizza estaba deliciosa, también prepararon natilla de fresa, pero yo no comí, odio la fresa; tía Karen tampoco comió, dice que la fresa le causa un poco de alergia.

Santa Claus trajo para mí una muñeca como la que estaba en el baúl de la casa del árbol, fue mi regalo favorito. También, recibí una cocina de juguete y muchos regalos más. En otra caja estaba el camafeo y la llave del cuarto de mi prima Flor; tía Karen dijo que era su regalo.

Además, pasó algo muy malo: mamá empezó a enfermar: no sabemos qué tiene, pero vomita todo lo que come. Su piel comenzó a volverse demasiado pálida, todo el día su estómago y la cabeza le dolieron. Tía Karen llamó al doctor, pero no llegó.

27 de diciembre de 1952

Diario querido:

Hoy mamá está mucho peor. Esperamos al doctor, pero nunca vino. Hoy mamá comenzó a arrojar sangre por la boca.

Tía Karen trató de encender el auto, pero no pudo: no arrancó. Ya no sabemos qué hacer.

Querido diario, tengo mucho miedo.

28 de diciembre de 1952

Faltan dos días para que termine el año y mamá no logró llegar. Por la mañana mi mamita murió, estaba pálida y sus ojos marrones ya no tenían brillo.

Tía Karen me pidió que la ayudara a enterrar a mamá en el patio trasero, junto a la casa del árbol. Le colocamos una cruz con su nombre y flores que juntamos del jardín.

Tía Karen dijo que todo estaría bien, pero en este momento no me siento así.

31 de diciembre de 1952

Hace rato tuve una cena con tía Karen, sólo ella y yo, mamá ya no está. Tía Karen dijo que olvidara a Katherine, mi antigua mamá, porque ahora ella será mi nueva mamá.

15 de abril de 1958

Diario querido:

Perdón, diario, por fin te encontré y me apresuré a escribirte, pero hoy es mi cumpleaños número 15 y soy muy feliz. Mamá Karen cumplió mi sueño de ya no ir a la escuela. Ella es mi mejor amiga, me enseña lo que tengo que aprender no sólo en la escuela, sino también de la vida y la quiero mucho, me consiente demasiado.

Otra cosa que quiero contarte, diario querido, es que cambié mis datos en la portada porque ya no me llamo Lili, ahora mi nombre es Flor.

Manuel Tejeda Enríquez

[<<Ressendi>>]

Preparatoria 4

Ascato

La calle Ascato parece alargarse conforme avanzas. Inicias viendo la casa numerada con el 1 y seguir caminando en el empedrado durante horas, pasar la número 500 y ver el anuncio de Ascato que te sigue como presumiendo infinidad: Ascato 1, Ascato 2, Ascato 3.

Todas las casas muestran el nombre que empieza a carecer de sentido después de la número 20. Para llegar a la calle Ascato tienes que tomar la Calzada Independencia Norte y, antes de llegar al mirador, das vuelta a la derecha, pasas una caseta, sin guardia, parece abandonada.

José y su esposa habían estado buscando una casa por un largo periodo de tiempo. Ellos rentan un pequeño departamento muy lejos del nuevo trabajo de José, por esto buscaban algo que encajara en su presupuesto. El departamento estaba cerca del antiguo trabajo en una secretaría del gobierno, pero ya le quedaba lejos de su nuevo puesto en una empresa de telecomunicaciones de una orilla de la ciudad.

José había visto en internet un anuncio publicitario del residencial “El Páramo”. La gente de mercadotecnia había hecho un gran trabajo, pensó, mientras ya se imaginaba a sí mismo al día siguiente comprando una casa ahí, una terraza común, alberca, fotos de gente riendo y disfrutando de comidas al aire libre; le encantó la idea.

Muy temprano arrancó el auto y junto con su esposa se fueron a una jornada de búsqueda.

Después de un par de horas en fraccionamientos distintos de diferentes categorías y presupuesto, José tomó la Calzada Independencia Norte y, justo antes de llegar al mirador, como lo decían las indicaciones, dio vuelta a la derecha pasando la caseta y el gran anuncio que dice “El Páramo”.

Unos metros después se acababa el pavimento de golpe, el carro tambaleaba por el empedrado, una bajada se hizo ver, era tan inclinada que José tuvo que soltar el acelerador y rozar leve y gradualmente el freno.

Ya empezaban a ver, según sus palabras, el inusual encanto del camino.

Le atribuyeron eso a la aún desconocida administración.

Miraron atrás y los carros de la Calzada desaparecían al bajar, los árboles empezaban a tapizar los costados del camino.

También aparecían flores silvestres, primero muy al azar pero después ya no estaban en intervalos, sino con un aparente y estratégico acomodo: era un tapiz de flores blancas.

Ya presentían lujo. Con una mueca José le sonreía a su esposa. Aquello parecía un bosque, de fantasía, onírico,

ya no se escuchaban los autos ni el ruido de la ciudad que habían dejado atrás. En cambio, eso se sustituyó por el trinar de las aves, el canto de las hojas y el silencioso sonido del camino.

José comenzó a hablar con su esposa, por un momento olvidaron todo lo que les había fascinado del ambiente. Habrían estado hablando durante media hora sin pensar en que ya era mucho trayecto y se detuvieron para tomar aire.

José le hizo notar de nuevo a su esposa las flores, que les puede favorecer alejarse de todo, le tocó el vientre, sonrió y comenzó a decirle lo bueno que sería vivir ahí. Se detuvo, le parecía extraño que sólo hubiera espacio para un sólo auto en el camino, un sólo sentido, tal vez habría otro para salir, pero pensó que eso sería un inconveniente, pues al paso al que iban, si se quedaban a vivir tendría que levantarse temprano para llegar al trabajo. Se dio cuenta, no estaba tan cerca como pensaba, su fantasía se quebró, ya ni había aceptado que no les sería conveniente vivir ahí, había avanzado media hora y no llegaban, así que terminaron por acordar que tendría que valer la pena tan largo trayecto: decidieron ir a ver.

Se subieron al auto y avanzaron: ya se veía que el camino terminaba, al final iniciaba una calle a la derecha, sólo una calle: Ascato 1, aceleró, Ascato 2, Ascato 3. Las casas eran todas iguales en escritura, diferente color y la misma palabra. A su lado derecho pasaban las casas y a su lado izquierdo un sinfín de árboles y flores blancas. No iban a regresar, les había costado mucho llegar como para retornar, querían encontrar algo o alguien que les mostrara una casa

aun cuando ya no les interesaba. El lugar onírico era más un infinito y desagradable lugar, monótono: árboles, flores y casas.

El tambaleo del auto ya les irritaba. Ascato 501, Ascato 502, la calle parecía alargarse conforme avanzaban. No vieron ni una sola persona, ni un sólo niño, ni un sólo auto, eso ya les había convencido de no quedarse, por el bebé, esto agregando el mal augurio que ya sentían.

El pie de José no soltaba el acelerador, se hizo de noche, el camino seguía y mirando al frente veían sólo más camino. José seguía pisando el acelerador; Astrid, su esposa, se durmió.

José, antes de ceder sus ojos al sueño, puso el piloto automático, conciliaron el descanso y el carro siguió por ellos.

El Sol salió, despertaron, no tardaron en darse cuenta de lo que les sorprendió: una sensación en la espalda, escalofríos. Seguían en el camino, el carro seguía acelerando, Ascato 70 140. Apenas notaron el número comenzaron a discutir, pero el camino no se los permitió, porque acababa. Ascato 70 172 fue la última casa. Se callaron, bajaron del auto, el camino había terminado, después de la casa no había nada: ni empedrado, ni flores, ni casas, sólo espacio vacío, llano. La casa estaba abierta, algo en ella les atrajo, entraron, era bonita, lujosa, elegante, amueblada, se les olvidó la situación para darse el tiempo de ver, les gustó. Entonces vieron en una de las mesas una foto de ellos, y lo notaron, eran sus muebles.

El pálpito de sus corazones aceleró junto con su carro, que se fue solo, una sensación en la espalda, los hombros

sienten miradas, escalofríos. Abrieron una de las puertas: una cuna rosa. Astrid rompió en llanto, un grito desgarrador. ¡Vámonos!, gritaba, la tranquilidad del lugar torturaba. Corrieron a la puerta, su auto se había ido.

Se habían llevado su carro y afuera no había nada, a su izquierda de un camino eterno, horas y horas de casas, aislados de todos, sin rastro de vida, una selva espesa y un llano vacío a su derecha en el que no puede ver más allá del horizonte, sólo más camino por llenar.

Astrid y José no hacían nada, su realidad cambió de un día a otro y, sentados en un sillón de siempre se resignaban, abrazados, en silencio.

José le daba vueltas al asunto, contratos, peleas en el trabajo. ¿Será? Pensó mientras tragaba saliva. Habían conseguido una casa en El Páramo, en la calle Ascato y gratis.

Microrrelato

Discurso para los ganadores de microrrelato

Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro

Escribir no es tarea fácil, escribir ficción mucho menos. Pero escribir microrrelato es paradójicamente una empresa titánica porque lleva implícita muchas otras cosas. Cortázar decía que el cuento (digamos de extensión regular) debía finalizar con un nocaut como en el box, entonces pienso personalmente que el microrrelato debe contener dos golpes contundentes. Este es el primer ingrediente que debemos considerar los que deseamos practicar la escritura de este género de la brevedad e hiperbrevedad.

Los textos breves no eran bien vistos ni aceptados como Literatura con mayúscula, no se consideraban arte literario. Tuvo que luchar mucho para establecerse como género, así le pasó al género del cuento, que siempre estuvo supeditado a la gran señora y dama que es la novela. El microrrelato estuvo en esa balanza: no podía ser que algo que parecía un híbrido entre chiste, ocurrencia, broma, aforismo y que pudiese pertenecer a la literatura como arte. ¿Por qué pasaba esto? El humor y sus fronteras con el chiste parecía ser el problema.

En los microrrelatos podemos encontrar la recreación de mitos, cuentos de hadas, libros canónicos, personajes y

hechos históricos, juegos literarios, como la metaficción, entre otros, pero aderezados con ingredientes como la parodia, la ironía, el pastiche, es decir, contiene esencialmente un 99% de humor, otro de sus ingredientes esenciales. Tal vez ahí está el problema. Pero poco a poco ha ocupado su lugar como género en la tradición literaria.

Escribir no es fácil, insisto, porque hay que conocer, tener un bagaje cultural y literario para leer y escribir microrelatos. Los escritores atentan contra nuestro intelecto, se vuelve un reto que hay que vencer. Por ejemplo, si recreamos a través de la microficción un personaje como Edipo o Prometeo, o tocamos un texto canónico como la *Biblia*, debemos conocer el tema para entrar en diálogo con el texto y poder entenderlo.

Felicito a los alumnos que resultaron ganadores, en ellos encontramos la pericia, la malicia que todo escritor debe tener para plasmarlo en la minificción. Felicito en especial a los ganadores de la preparatoria 8, que es con los que he tenido más contacto en charlas sobre este género de la brevedad. Mi consejo es que no dejen de escribir, de plasmar sus ideas con ese sentido del humor que es esencial para la creación de textos literarios, sobre todo los de la brevedad. Muchísimas felicidades, qué orgullo. Un abrazo para todos.

Yahír Eleazar Santana Rodríguez

[<<Náufrago>>]

Preparatoria Regional de Autlán

¡Salvación!

El narco lo obligó a salir de la alberca y le disparó con su pistola, lo bueno fue que llevaba puesto su chaleco salvavidas.

Luis Fernando Ruiz Moreno

[<<Chapitas>>]

Preparatoria 6

La pesadilla

Se despertó sobresaltado, angustiado, asustado, aterro-
rizado.

Por suerte, pensó, por fin desperté de la pesadilla, pero
su pesadilla seguía roncando a su lado.

Ana Carolina Escobedo González

[<<Anesgo>>]

Preparatoria 8

Una nueva religión

—Hey, Mateo, ya escribí mi parte de la novela, es tu turno.

—Está bien, Judas, pero quiero que sepas que te voy a poner como el villano.

—Ja, ja, ja. Muy bien. Pero espero que quien encuentre nuestra obra literaria no se lo tome tan en serio.

Pamela Citlalli Villafaña Campos

[<<Citlalli>>]

Preparatoria Regional de Unión de Tula

Jardinería humana

La regué todos los días, cambié de sitio varias veces, en luz y en sombra, incluso corté las partes estropeadas, pero nada ocurría, los consejos de jardinería no daban resultado. Me detuve después de que el hedor se volvió insoportable. Claro que no funcionaría, ella no era una planta, no reviviría.

Oswaldo Fabián Cornejo Jiménez

[<<Políticamente incorrecto>>]

Preparatoria 8

El clóset

Juan amaba su clóset. Guardaba allí su ropa favorita, sus camisas coloridas, sus jeans ajustados, su ropa interior impecable, bufandas, botas e incluso trajes de baño para la temporada. Lo que ya no cabía allí era su sexualidad.

Cartas a Kevin Brooks

El pulso latente de la lectura

Godofredo Olivares Cortés

Todo libro, al ser publicado, deja de pertenecer a quien lo escribió y pasa a ser propiedad de los lectores que se adentran en sus páginas. Y es que la lectura logra irnos adueñando de ese mundo ficticio, y a la vez tan real, que surge en nuestra imaginación; consigue que vayamos siendo parte de él, de convivir y acompañar a los personajes que aparecen en la trama, de sentirlos seres queridos e incluso amados, de emocionarnos o sufrir en aquello que les ocurre y al final acabar integrados a nuestro perdurable recuerdo.

También, algunas veces, durante la lectura se establece un puente invisible con quien escribió el libro que leemos, en el cual dialogamos de manera no siempre silenciosa con ellos; por el que nos quejamos por alguna situación que nos disgustó, dolió o asustó, cuando no estamos de acuerdo con lo escrito o para alabarles con satisfacción algo que nos encantó, fue sorprendente o acabó dándonos una agradable lección de la existencia humana.

Sólo en algunas y escasas oportunidades logramos tener frente a nosotros a esas autoras o autores y conversar con ellos, agradecerles por sus escritos, cuestionarlos en di-

recto o decirles en voz alta lo que sentimos, creemos o pensamos de sus obras que leímos.

El “Concurso Cartas al Autor”, que organiza el Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara y el Fondo de Cultura Económica, y que entre los valiosos propósitos que mantiene de promover la lectura e incentivar la escritura entre los estudiantes de las preparatorias de la propia Universidad de Guadalajara, genera también la posibilidad de generar un diálogo o puente directo a través, primero de cartas que los jóvenes lectores le envían al autor y luego de manera presencial en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Precisamente en este 2019 se eligió al escritor inglés Kevin Brooks, y su novela *Miedo*, a quien le escribieron más de veintiún mil cartas, cifra que superó la convocatoria del año anterior.

Fue difícil fue elegir las cartas ganadoras. Pero con decisión unánime, el primer lugar lo obtuvo la carta firmada con el seudónimo *La Muerte*, por mantener una escritura original, literaria, reflexiva, sensible e íntima, cuya autoría resultó ser de Alondra Liseth Rivera Torres, de la Preparatoria 9.

Agradezco la oportunidad de ser jurado y volver a leer una novela juvenil y luego adentrarme en tantas cartas que vertieron en mí la sensación de medir el pulso latente de qué y cómo leen los jóvenes en la actualidad, de qué perciben, cómo vibran sus emociones o sentimientos y a qué reflexiones llegan. Me quedo con la satisfactoria afirmación de que en México aún se leen libros con mucho entusiasmo de que muchísimos son jóvenes lectores.

Alondra Liseth Rivera Torres

[<<La Muerte>>]

Preparatoria 9

Primer lugar

Comenzar esta carta con fecha y lugar es lo más absurdo que me pudo haber pasado en toda mi existencia ya que, como descubrirás en unas cuantas líneas más, para mí no existe el concepto de tiempo ni mucho menos el de lugar. Mi trabajo, que de hecho menosprecia totalmente al tuyo, requiere de mi presencia en todas partes. En resumen: soy omnipresente y puedo presumir y afirmar que estoy en todos lados y en ninguno al mismo tiempo.

Querido Kevin Brooks: supongo que debería presentarme adecuadamente, pero siempre he pensado que las presentaciones son una pérdida de tiempo, ya que al final me conocerás tarde o temprano.

¿Sabes?, algo curioso es que los vivos siempre se la pasan diciendo que los acecho en cada esquina, pero te juro que no es así. Son ellos los que me acechan. Tú lo has hecho.

Cambiando un poco de tema, debo confesarte que la probabilidad de que me tope con el mismo autor dos veces es casi inexistente. Podría parecerte imposible, dada la cantidad de siglos de mi existencia y puedo presumir que has-

ta hace unos meses mi historial se encontraba intacto, pero luego tú llegaste a mí por segunda vez, Brooks, y mentiría si te digo que no me siento indignada por ello.

La primera vez que me topé contigo fue exactamente en el invierno del año 2015 y parecía otro de tantos días de mi infinita existencia. El cielo estaba cubierto por nubes grises, me encontraba en México, justo en un salón de clases en donde observaba a esos chicos de apenas 13 años, y me preguntaba por millonésima vez si ustedes los humanos en realidad valían tanto como decían o si simplemente valían algo, por más mínimo que fuera. El resultado de aquella importante reflexión no es de tu incumbencia ni de la de ningún otro humano, porque no les beneficia en absoluto; sin embargo, la situación de ese momento fue lo que me llevó a ti.

Verás, Kevin, algo que me llama la atención de los mexicanos es que 38 de 40 odian la lectura. O al menos así era en aquel salón de clases del que hablo. Pero una chica en la esquina llamó mi atención, ya que cuchicheaba eufóricamente con otra chica que de seguro era su amiga. Dicha euforia tenía un título muy extraño a mi parecer: *iBoy*, ¿y qué crees? Llevaba tu nombre escrito debajo.

¿Sabes?, una de las tantas cosas que me caracterizan es que soy honesta y ahora que estamos en confianza te aseguro que no pude resistirme a tu libro ya que, aunque en realidad no sabía qué contenía en su interior, me atrajo desde el primer momento en que lo vi. Cuando terminé la lectura me encontré preguntándome si en realidad el que tenía *algo* en la cabeza era Tom, tu protagonista, tú, Kevin o yo. Debo

admitir que casi doy un salto muy infantil gracias a que 10 capítulos más tarde me di cuenta de que éstos estaban numerados por un sistema binario. ¿Imaginas hasta dónde estaría ahora mi reputación si así lo hubiera hecho? ¿O es que acaso te burlas de mí por haberlo notado hasta el capítulo 12, cuando en realidad lo explicaste en el 2? Lograste burlar mi ingenio tan bien construido durante siglos de una manera demasiado humillante, debo agregar.

Después, las estaciones pasaron hasta la llegada de la primavera de 2019, cuando volví a toparme con esa chica, la misma mexicana que leyó *iBoy*. Por extraño que parezca, me topé contigo de nuevo, un hecho sin precedentes. Mismo autor dos veces, mismo lector antes del momento preciso. Me acechaste y por tu culpa me convertí en la presa. Traté de resistirme, pero cuando una obra me atrae, me es imposible alejarme de ella en paz. Además, no puedes culparme, ya que tú fuiste quien nombró el libro como uno de mis más allegados socios: *Miedo*.

De nuevo me encontraba contigo y tus títulos. Vamos, Brooks, sé que tienes libros con nombres un poco más interesantes, podrías haberte esforzado un poco más. A veces no comprendo cómo es que te atreves a poner esos encabezados a tus obras cuando la numeración de uno de ellos fue tan ingeniosa, tanto que heriste mi orgullo sin siquiera proponértelo.

Pero dado por terminado ese humillante tema, me gustaría que habláramos de Elliot. Al principio me pareció interesante, hasta que escuché a un mortal decir que el chico era patético, fue entonces cuando recordé que en realidad to-

dos los vivos lo son. Desde mi punto de vista, Elliot es un retrato de lo que ustedes los humanos son, ya que, a pesar de su arrogancia, si al final les quitas esas máquinas que han inventado con el paso de los siglos, no queda nada más que un ser frágil que no puede defenderse de ninguna otra criatura.

De hecho, Brooks, con tu Elliot confirmaste mi teoría, el niño me hizo pensar en si los humanos de verdad se sienten así de temerosos ante mi inminente llegada. Es decir, Elliot no sólo le temía a todo, en realidad le temía a todo aquello que lo llevaba hacia mí, como la sangre o los accidentes de tráfico, por ejemplo. Aún me cuesta entender por qué los vivos se van a los extremos, a lo fatal, cuando piensan en mi llegada; en realidad eso no parece ayudar en nada, pero supongo que deben aprender a afrontarlo de alguna manera. Por eso te escribo, porque, en cierta forma, Elliot no hace más que conducirte a mí.

Además, me resultó gracioso que el chico me calificó de aterradora, como todos los humanos, y te puedo asegurar que en mi lista de objetivos con la letra a, jamás aparece esa palabra, igual que tampoco encontrarás injusta la i. Nunca he entendido por qué me llaman así. Si bien es cierto que aunque en apariencia es verdad que a veces me llevo a inocentes como Ellamay, también recojo hombres como Ellman. Es mi trabajo: llevarme al rico y al pobre, al poderoso y al mendigo, al amo y al bueno. Soy justa, porque cuando llega el momento de partir, todos son iguales con mi criterio.

Al menos yo soy algo que tú no eres con tus lectores: considerado. Te gusta llevarlos a través de una maraña de emociones y hacerles creer que fue suficiente para luego

venir en los últimos capítulos y darles el tiro de gracia. Supongo que, entre los diferentes placeres de los vivos, el tuyo consiste en mortificar a tus lectores cuando se acerca la última parte de tus obras y entonces dejarlos dudando hasta de su existencia con el final.

Era invierno la primera vez que me topé contigo. El exterior parecía un mundo de esqueletos de color gris cubiertos de nieve, cuando Elliot se vio obligado a salir de su burbuja. Aún había rastro de nieve en las calles cuando un iPhone 3SG le hizo pedazos el cráneo a Tom. Es una lástima que por el momento no pueda describirte con precisión cómo será el día en que nos veremos cara a cara. Pero sí puedo confesarte lo que pienso acerca de ti.

Eres peculiar, Kevin Brooks, porque relatas la vida cotidiana de los vivos desde ángulos jamás tomados, porque tus letras traen a flote todo lo que los humanos tratan de esconder de la superficie. He vivido por siglos y he visto humanos que tratan de evitarme como Elliot y algunas más que, al igual que Gordon, me buscan y no consigo comprenderlos del todo. También he encontrado Lucys, Ellmans, Jenners, Graces, Shirleys, Gordons, Abues e incluso Elliots y Toms. Todos ellos mantienen sus características profundamente ocultas y te felicito porque has logrado traerlos a flote de manera única y bien realizada. En mi trabajo me he topado con personas admirables como Abue y Grace, también con repudiables como Ellman y Jenner; me pregunto cómo es que ustedes logran ser ambas cosas. Tus libros han logrado que esta duda se instale más en mis pensamientos, incluso mientras me dedico a mis deberes.

Como último detalle: vas a morir, pero no te preocupes, no llegaré a ti antes del momento preciso. Puedes considerarte halagado porque sólo puedo finalizar afirmando que, cuando llegue el momento, será un honor para mí tomar tu alma, Kevin Brooks.

Raúl Moisés Muñoz Luna

[<<Dirtbag>>]

Preparatoria 8

Segundo lugar

Jalisco, 17 de mayo de 2019

Señor Kevin Brooks: escribo esta carta desde mi sombrío cuarto, acabo de terminar su libro. Son las 20:00 horas, hace una hora con 30 minutos que llegué del trabajo, hace 15 minutos discutí con mi padre sobre algo, quizá un poco nefasto... Hace calor, estamos a 28°C aproximadamente. Por la persiana entra luz tenue del ocaso, afuera se escucha un muy ligero bullicio, la televisión de la planta baja está en una especie de “documental” de YouTube, hablan sobre el cambio climático, las consecuencias que éste acarrea, la sexta extinción masiva está cerca... es el siglo XXI.

Excelente momento del destino para terminar su obra literaria, pésimo clima, pésimo lugar.

Principalmente creo que cualquier persona se puede sentir identificada con su obra, es decir, ¿quién no ha sentido miedo?, ¿quién no fue niño y tuvo miedo de cosas “absurdas”? El miedo es parte de nuestra naturaleza, de nuestro sentido humano, es tan necesario...

Elliot atrae, es muy fácil sentirse identificado con él, un niño que vive solo con su madre y ésta, como cualquier madre lo haría, lo protege de todo, lo mimaba y consiente; y luego la ausencia de padre: “no se puede extrañar lo que no se ha tenido nunca”. Aunque a veces Elliot me parecía fastidioso, en mi mente gritaba que enfrentara sus miedos, como creo yo lo hice en mi niñez (y estoy seguro de que muchos de los lectores también lo hicieron). Al final me calló y me tragué mis palabras.

Quiero recalcar que me sentí muy identificado con: “abrigo, gorro, botas, guantes”. No sé a quién más le pasaría, no he conocido a nadie que le pase algo similar, pero antes de salir repito: “celular, dinero, llaves, cartera”, y verifico que lleve mis pastillas para la migraña; es fastidioso, incluso a veces tengo que hacerlo varias veces sólo para rectificar que están ahí. Sé que estarán ahí, pero debo hacerlo de nuevo. No es un tema trascendente, de hecho podría sentirme incómodo contándole a algún amigo que tengo ese tipo de manía o un síntoma TOC muy ligero; sólo lo dejo pasar, “me resulta más difícil combatir esa manía que simplemente soportarla”.

El día a día infernal de Elliot me recuerda al dicho que me recalcaba mi padre cuando yo aún era un niño: “el que tiene miedo a sufrir sufre de miedo”. Aquel niño le temía a todo sin necesidad de que aquello representara una amenaza: no salía de su casa, no disfrutaba el día, la noche, ni el bosque. No disfrutaba el aroma de la fauna, no apreciaba un ocaso, sólo respiraba, sólo veía... vivir no es estar vivo.

“Yo soy mi peor enemigo”. Conforme avanza la novela, él mismo se va dando cuenta de que su mente juega con

él, le hace ver e imaginar cosas que no son o no están ahí. Cuando eres niño uno de los más populares temores es a la oscuridad pero, ¿realmente es miedo a la oscuridad o miedo a lo que tu mente te hace creer que hay dentro de ella? El miedo es relativo pero una cosa es clara: todos lo hemos sentido. Nadie puede vivir siempre con miedo. Todos tenemos esa bestia encerrada dentro de nosotros esperando atacar, todos tenemos *micos* distintos.

Cuando tenía alrededor de 14 años tenía un miedo irracional a los sábados, suena absurdo, ¿no? Tenerle miedo a un día. A esa edad no sabía porque le tenía miedo, simplemente lo sentía, no me gustaban y cuando comenzaba a ser viernes por la tarde aquello dentro de mí iba surgiendo, elevándose y carcomiendo mi pecho. Despertaba por las mañanas y el día ya estaba fatal, me sentía desanimado, débil, cabizbajo... ni hablar cuando llegaba la noche, era peor, esa bestia se apoderaba por completo de mí, odiaba la noche del sábado y le temía, nunca supe por qué hasta que hice una introspección.

Conforme iba creciendo y conocía más temas, y me volví un poco más docto, sabía que no estaba tan “loco” como creía, porque obvio era un tema penoso para comentarlo con alguien de confianza; me di cuenta de que la gente “normal” también siente ese pesar en el pecho aunque, por cosas distintas. Mi miedo no era hacia el día, sino a lo que me hacía sentir el día... una soledad que me carcomía, vació en la boca del estómago, un hueco, más profundo que cuando llevas horas sin probar algún alimento. No se siente físicamente el dolor ahí, se siente más profundo, más re-

cóndito dentro de ti... Un pesar extraño. En los momentos más graves podría decir que era un tipo de enajenación constante, andaba el día en forma autómatas, deseando que sólo terminara.

No es un circunloquio, señor Brooks, estoy tratando de que entienda lo que su obra me hizo echar memoria atrás y recordar aquellos días grisáceos conforme iba leyendo. Ahora me doy cuenta de que era soledad, más pesada que otros días. Observaba otras familias y me comparaba con ellas: se veían tan felices...

Así fue por algunos años, llega un punto en el que te aburres de sentirte mártir y te pudres o sales de ahí y enfrentas a tu “bestia” interior. Quizá yo no podía tomarme mi pastilla amarilla, o hacer alguna clase de analogía con van Gogh y comerme mi crayón amarillo para que la felicidad penetrara mi interior, así que apliqué mi propia filosofía o, quizá haciendo referencia a su obra literaria, vencí a mi bestia interior.

Me ayudó y me ayuda cada día para seguir aquí, para aferrarme a la vida la frase: “el que no tenga algo por qué morir no debería vivir”. Cada uno lo hace a su manera, cada uno día a día lucha su propia batalla... y esto último es lo que enseña Elliot: debes salir, darte cuenta que a lo que le temes no es más que una idea que está en tu cabeza; aunque existen miedos, no puedes dejar que te controlen; saldrás de ésta, continuarás con tu vida, aunque tengas tu pie hinchado, tu ropa rasgada y tu rostro lleno de tierra; aunque los “anti-santas” estén ahí afuera hay que enfrentarlos, cautelosos, firmes, con serenidad y certeza, te aferras a la vida... y

si no, en lugar de resignarte aceptas que la vida es sufriendo, que la vida sigue, que la historia seguirá siendo escrita ...

Y aquí sigo, aquí seguimos, ¿un día más o un día menos?, ¿saboreando o sólo comiendo? ¿Vives realmente viviendo o... “no puedes matarme, yo ya estoy muerto”?

Saúl Iván González Flores

[<<Estoico>>]

Preparatoria 7

Tercer lugar

Otoño del 2019

A ti, bestia:

Te propongo un trato, ¿quieres? He visto cómo siembras caos, destrucción y ambición por doquier, has sido capaz de derrumbar muros por donde osas quedarte. Atorméntabas a Grace desde el principio, pretendías arrebatarle la vida cuando su hija murió y encontraste un fiel huésped en Elliot. A Jennet lo consumiste hace tiempo, sin corazón ni ilusión, ya no es dueño de sí y ni siquiera es consciente de ello. De Gordon y Dake ni hablar, sin personalidad, a expensas de lo que las circunstancias dicten y sin ser capaces de disfrutar un sólo día de su vida.

Pusiste al mundo de cabeza, seguro habitabas la mente de Kevin Brooks cuando escribió esta historia y, ¿sabes qué? Te creo cobarde, atacas con cautela, eliges presas fáciles y prefieres habitar en las mentes de quienes gozan de los estratos más altos de la sociedad, nos privas de cultura, de vida y te piensas así soberano. ¡Oh, autoproclamado rey! En

un mundo de muertos vivos, donde penetrar en nuestro interior se ha vuelto tan sencillo, te has creado un trono en la oscuridad, es más fácil cuando nadie puede verte (pero sí sentirte).

Es tan sólo un secreto a voces que todos tenemos miedo. Pero volvamos a esa noche. Elliot, tu compañero de viaje, luchaba contra aquello que pensaba dormido, caminaba de a poco, con respiración lenta, palpar entrecortado; cuidaba no despertar aquello que dormía en la jaula; se defendía con un escudo amarillo de limitada duración, pero estabas despierto, ¿no es cierto? Lo convenciste de que era él quien dominaba el juego, pero el ritmo de la orquesta lo llevabas tú. Planeaste todo maquiavélicamente, permitiste que saliera de casa, lo llevaste al bosque. Gordon aguardaba, era difícil contenerlo ¿No es cierto? Y Jenner en el punto clave. ¿Quién era el peón?, ¿quién el alfil?, ¿quién tu reina? Le diste poder a quien antes no lo tenía y te divertiste con el choque de dos mundos. Debió ser difícil sacrificar a tan dócil mancebo ¿Era eso lo que querías? ¿Te divertiste? ¿Y todo para qué?

¿No se da cuenta, señor bestia? Sé que no estás satisfecho, continúas devorando el mundo, pero tu apetito se incrementa a medida que masticas el alma de los *mincos*. Tienes la libertad de otorgar y privar de poder a quien más te plazca y no se te ha ocurrido alimentar al hambriento, aquellos que claman por el alimento del alma y buscan entre los deshechos de una ya desgastada humanidad sin cultura. Haz la prueba, crea tu ejército, será sencillo. Te rendirán culto. Si tienes el deseo de ser rey, ¿por qué no

gobernar un país con criterio propio donde tus más leales súbditos sean eruditos entregados al enigma que es la vida misma? o, mejor aún, ¿por qué no dejar que cada hombre se gobierne a sí mismo y camine con la seguridad de que tiene identidad propia? ¿Por qué no sólo desapareces y te conformas con lo que fue? Teniendo la certeza de que lo que vendrá será mejor de lo que pudo ser si continuabas sujetando por el cuello a la humanidad por el mero placer de hacerlo ¿Por qué no lo dejas ir?

Este es el trato: seré el primero en intentarlo. Te alejarás y permitirás que gobierne mi existencia, después lo harás con aquellos a quienes amo: aliados y hostiles, maestros, compañeros de clase, escuela, país, continente.

Quiero que te alejes de Elliot y a Grace la dejarás dormir tranquila; te alejarás de todo ser que habite este planeta.

Se necesita un cambio en donde quien está a la cabeza no siga consejos de una bestia insatisfecha que no tiene razón de ser, hasta ahora. Serás lo que ya no es, eso que nos ayudó a despertar y darnos cuenta de que hasta ahora poco habíamos vivido.

Por el estrepitoso rugir del cielo me doy cuenta de que estoy siendo escuchado. La noche ha caído, se acerca el final, el correr del viento entre las hojas de los árboles lo dice todo, las luces del fin del mundo brillan hoy con más intensidad que aquella Navidad ¿Pensaste en el Mesías cuando orquestaste ese desastre?

Pronto me iré a dormir, dejaré la puerta abierta y no me refiero al color caoba de mi habitación a la que puse seguro hace unos minutos. No. Tengamos privacidad, sabes dónde

encontrarme. ¿Te atreverás a irrumpir en mis sueños? ¿Cómo será cuando por fin estemos de frente? ¿Cómo será tu rostro? Hasta ahora te has escondido detrás de títeres descorazonados que tienen como esencia inscrita tu nombre. ¿Aceptas el trato? Sabré la respuesta al despertar.

Un potencial jinete de su destino: ESTOICO.

María Soledad Trenado Ortega

[<<HopeWorld>>]

Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

Mención honorífica

Hola, Miedo. Sonará extraño, raro e incluso gracioso escribirte, pero ¿por qué no hacerlo, si eres el protagonista de la historia? No Elliot, no Ellamay, no *los santas*, eres tú. Eres aquel que no sólo atormenta a inocentes, sino también aquellos que por más malos que sean te temerán. Decir que eres ese sentimiento que te puede llevar a la locura, el que te encierra, el que provoca errores, el mismo que te daña, el que te hace llorar y tal vez el mismo que puede acabar contigo.

Cómo no hablar de ti, si gracias a tu existencia le diste origen a todo lo ocurrido al niño Elliot. Es increíble cómo provocaste tanto, desde el simple miedo a la “sombra” a las “ovejas/corderos”, a los “perros”, hasta hacer que un niño le llame a los humanos “mincos” sólo por encontrarlos aterradores; y aunque esos “mincos” intenten ayudarlo, corre por su vida ... Llegar a imaginar cosas que no son, sacarlos de su contexto y hacer que pase por tanto, sólo por miedo es una tontería, pero es admirable lo que ocasionas.

Si al mencionarte, incluso pensarte, puedo decir que eres nada, oscuro, pesado, un espanto, un pánico y de nue-

vo eres un nada. Pero, ¿por qué nada? Simplemente porque no estás, no eres vida, no estás en físico, pero por alguna extraña razón formas parte no sólo de Elliot, o de los demás por parte de la historia, sino de todos nosotros, pues aunque seas nada, el que seas parte nos hace humanos y, queramos o no, nos hace vivir; incluso, eres una inspiración para escribir.

¿Te diste cuenta, *Miedo*? Es curioso cómo Elliot tiene problemas contigo antes de su nacimiento, desde el vientre de su madre, donde eran dos personas y no sólo uno; ambos te sentían, ya sabían de ti y al nacer prematuro les dejaste un gran trauma que se convierte en miedo...

¿No te cansas de ganar? Te alimentas del miedo de cada uno y eso me hace creer y afirmar que te hace más fuerte, más negro, más escalofriante, más turbio, más tú.

Aunque hay errores en ti, puedes ser lo peor que llegue a ocurrir, pero a veces se te puede superar como él lo hace contigo; a pesar de tenerle miedo a todo, sigue adelante, te enfrenta. La bestia es él y no tú, acabas con su medicamento, crees poder detenerlo, pero eso lo hace más poderoso; no tiene vida, no está vivo, él te afirma indirectamente.

¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué de pronto eres un fin? ¿Por qué no acabaste con él? No pudiste, te diste cuenta de que por más que lo intentaste te superó, te cuesta aceptarlo... ¿Qué sientes? ¿Miedo? ¿Estás ahí? Claro que lo estás, siempre has estado, siento que te enfrento y al mismo tiempo no, ya que también eres parte de mi inseguridad. Por lo regular, me provocas nervios que no puedo controlar con

facilidad, pero ¿por qué no hacerlo también? Oh, miedo ojalá pudieras recibir esto, entendieras lo grande y lo débil que eres, fueras todo lo que dice Elliot y, si lo eres, ojalá pudieras demostrarlo de otras maneras.

Mis más cordiales saludos donde quiera que estés, que sigas en esa oscuridad que se encarga de acabar con todos, que sigas ocultándote. No me imagino lo que serías si fueras real, es decir, en físico, lo más horrible que el ser humano tuviera. De cualquier manera tienes y tendrás mi respeto por todo lo que haces y lo que harás.

Amy Venecia Flores Silva

[<<Miss MC>>]

Preparatoria Regional de Toluquilla

Mención honorífica

Jalisco, 27 de agosto de 2019

Estimado señor Brooks:

Espero que mi carta llegue hasta sus manos y la reciba con la expectativa con la que la escribí.

Hoy me propongo hablar sobre su libro, pero antes de hacerlo le contaré un par de cosas sobre mi ciudad, un lugar hermoso que tendrá la fortuna de visitar. Sé que usted, como autor, sabrá apreciar Guadalajara, la Atenas de México y ciudad en la que año con año se lleva a cabo el segundo mayor festival literario del mundo.

Volviendo a lo que nos atañe: *Miedo*, una obra que disfruté muchísimo, aunque debo confesar que tenía dudas sobre si me agradaría cuando comencé a leerlo, pues creía que no trataba mis usuales temas de lectura, que me costaría trabajo entrar al mundo de Elliot. Estaba siendo prejuiciosa, pero he aprendido que un libro no se juzga por su portada, así que pronto estaba recorriendo sus páginas, pero ya

no estaba leyendo, estaba viajando. Ya no recorría páginas de papel, sino el pueblo donde vivían nuestros personajes. Fue tan fácil caer, se sentía tan honesto y personal: un libro auténtico.

Sin embargo, luego me di cuenta de algo: Para mí, *Miedo* no trata de los problemas psicológicos de Elliot, trata de lo que estás dispuesto a hacer por tu familia y una conexión extraordinaria entre hermanos. Fue con esta revelación que me perdí totalmente entre sus palabras, señor Brooks. Los riesgos que se toman por la familia, una conexión especial con tu hermana. Dos temas que siento muy propios, dos temas que conozco bien.

Si me permite, le explicaré el porqué. Mi familia es lo más valioso para mí, son el rey Arthur por la que esta Lancelot haría cualquier cosa, por la que tomaría cualquier riesgo, incluso cuando eso dé miedo. Siento que ahora me enfrento a una situación parecida a la que Elliot vivió cuando tuvo que rescatar a su madre, pues pronto me enfrentaré a pruebas igual de aterradoras llamadas examen de admisión y selección de becados. ¿Cómo se comparan estas cosas? Bueno, ambos tenemos a nuestra familia en los hombros, siempre hemos sido protegidos de todo peligro, pero llega nuestro turno de hacer algo peligroso y, si fallamos, nuestra familia queda indefensa (aunque tal vez nos hemos otorgado esa responsabilidad nosotros mismos) y el futuro se vuelve incierto, todo lo que deseamos se esfuma si las cosas nos salen mal. Encuentro eso absolutamente escalofriante. Elliot lo logró y espero lograrlo también.

Elliot no estuvo sólo en su apasionante viaje, tenía a su lado a su compañera de vida, su mejor amiga: Ellamay. No hay mejor compañera para un viaje a lo desconocido que una hermana. Yo tengo a mi propia Ellamay, aunque no somos gemelas y la mía tiene más vida que cualquier otra. Mi Ellamay es mi hermana menor, una chica encantadora e ingeniosa que siempre está recordándome no rendirme, haciéndome compañía y, sobre todo, entendiéndome y conociéndome mejor de lo que yo lo hago. Siento nuestra conexión tan especial y extraordinaria como la de los mellizos de su libro.

Así que aquí estamos: Elliot y yo, dos personas que aman a su familia y trabajan en superar sus grandes miedos. Le agradezco profundamente por permitirme conocerlo.

Sin más que agregar ahora, me despido enviándole mis mejores deseos. Sinceramente, Amy.

Atentamente
Miss MC

Índice

Presentación general	5
----------------------	---

Poesía

Las posibilidades del sueño	11
-----------------------------	----

Luis Antonio Medina Gutiérrez

Abril Ariadna Pérez Toledo

Crónicas de un mar cursi	13
Esplendor el 3 de marzo	18
La primera quimera	19

Eduardo Paez Robles

Entre ventosas	20
La bestia de Root	24
11 alas	27

Benjamín Álvarez Yépez

El barco	29
No tengas miedo, mujer	30
De tu rostro	31
Soy de defectos	32
Poeta de vino	33
Querido alcatraz	34

Claudia Nallely Godoy Chavarría

Profundo	36
Bienvenido	37
Son lo que se dice	38
Para las nornas	39

Johan Acosta Rosales

Silencio	40
¿Qué sucede, carajo?	42
Amanecer	43
Atardeceres	44

Cuento

FIL joven, cuento, 2019	47
Luis Martín Ulloa	

Sergio Jared Froylán Medina

Su honra	49
----------	----

María Gloria Guadalupe Montoya Flores

Azul	54
------	----

Janet Torres Santoyo

<i>Ante merídiem</i>	61
----------------------	----

Paola Luna Ochoa

Flores	71
--------	----

Manuel Tejeda Enríquez

Ascato

77

Microrrelato

Discurso para los ganadores
de Microrrelato

85

Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro

Yahír Eleazar Santana Rodríguez

¡Salvación!

87

Luis Fernando Ruiz Moreno

La pesadilla

88

Ana Carolina Escobedo González

Una nueva religión

89

Pamela Citlalli Villafaña Campos

Jardinería humana

90

Oswaldo Fabián Cornejo Jiménez

El clóset

91

Cartas a Kevin Brooks

El pulso latente de la lectura

95

Godofredo Olivares Cortés

Alondra Liseth Rivera Torres	97
Raúl Moisés Muñoz Luna	103
Saúl Iván González Flores	108
María Soledad Trenado Ortega	112
Amy Venecia Flores Silva	115

Creadores Literarios FIL Joven 2019

Jurado de poesía

Luis Antonio Medina Gutiérrez, Raúl Aceves Lozano, Ana María Sánchez Ambríz

Jurado de cuento

Luis Martín Ulloa, León Guerrero Ayala, Silvia Magdalena Quezada Camberos

Jurado de microrrelato

Elba Virginia Leyva Hinojosa, Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro, Gabriel Guillermo Gómez López

Jurado de Cartas a Kevin Brooks

Vanessa Guadalupe García Leyva, Luz Odelina Orozco Ruíz, Godofredo Olivares Cortés

Responsable FIL Joven

Kathya Guizar Lázaro

Corrección

Ana Lilia Larios Solórzano

Formación y diseño de portada

Cecilia Lomas, Editorial Universidad de Guadalajara

Se terminó de editar en junio de 2020

en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara

José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657, Zapopan, Jalisco